



La juventud y la vejez, alegoría.

25 de Setiembre de 1851.

TOMO IX. 25

ESTUDIOS DE VIAGES.

SINGAPORE.

Singapore es un establecimiento comercial, fundado recientemente por la compañía de las Indias Orientales sobre la isla de aquel nombre, en el estrecho de Malaca, á los 4° 21' 30" de latitud N., y 104° 39' 31" longitud E. del meridiano de Paris.

La isla de Singapore puede tener diez leguas de longitud de E. á O., y cinco en su mayor latitud de N. á S.; sin embargo, el gobierno de la compañía abraza una estension de mas de ochocientas leguas cuadradas, comprendiendo en estas sobre cincuenta islotes deshabitados, y la parte de mar adyacente. La isla principal, la metrópoli de aquellos fragmentos de tierra volcanizada, está dividida de la costa malaya por un estrecho innavegable, que en su mayor latitud no cuenta mas de un cuarto de milla de distancia; apesar de todo eso el estrecho sirvió en otro tiempo de única ruta á los bageles que navegaban entre la India y la China. Por la parte contraria se halla el estrecho llamado del Gobernador, de tres leguas de longitud, y este es en el día el mas frecuentado por la marina.

La ciudad se halla edificada en terreno llano, sobre las dos orillas de una ria ó puertecito navegable, para barcas chatas, tres cuartos de milla mas arriba de su embocadura. Una multitud de pankos (4), bankas y canoas, formadas estas de troncos de árboles ahuecados, se ocupan diariamente en la carga y descarga de los buques de alto bordo, que no pueden fondear sino á dos ó tres millas de tierra.

Estendidos por las dos orillas de la ria, hay algunos muelles y desembarcaderos rodeados de bellas casas de nipa, y de porcion de almacenes mercantiles, donde los cascos y bateas depositan sus efectos de transporte. Los bengalos (casas de comerciantes europeos), están situados tambien en la llanura que da frente á la mar, al pié de una colina, sobre cuya cúspide se halla construido el palacio de caña y nipa del gobernador de la isla.

La ciudad de Singapore no cuenta mas que treinta y un año de existencia. En 1819 se fundó el establecimiento de la colonia, y en 1825 fué conferida á los ingleses la soberanía y propiedad del territorio en toda su estension, por convenio celebrado con los holandeses y con los principes malayos de *Jhore*, á los cuales pertenecía la isla. No es posible calcular los progresos notables que ha hecho esta nueva colonia británica en tan corto número de años; su poblacion crece naturalmente con la prosperidad del establecimiento, en términos que Singapore, que hasta 1818 fué una guarida de pescadores piratas de raza malaya, contaba ya en 1824, época en que se formó el primer padron, diez mil seiscientos ochenta y tres habitantes. En 1827 ascendia el número de almas á catorce mil ochocientas setenta y ocho en esta forma:

(1) En los artículos de viages que llevamos publicados, hemos dicho lo que se entiende por esta y otras palabras chinas, árabes ó malayas, que para la mayor exactitud de las descripciones locales, nos hemos visto precisados á usar algunas veces en los escritos sobre el Cairo, Alejandria, Macao y Hong-Kong.

Europeos de ambos sexos.	408
Cristianos indigenas de idem.	493
Indios malayos de id.	5,336
Armenios de id.	25
Chinos de id.	6,210
Indios de la costa de Coromandel.	4,095
Bengalies de ambos sexos.	294
Bughis de id.	4,252
Javaneses.	365

Total. 44,878

De cuyo número eran varones once mil trescientos sesenta y ocho, y hembras tres mil quinientas diez. Habia además quinientos sesenta y uno individuos de la clase de tropa y oficiales, y trescientos ochenta y ocho deportados por delitos comunes. En 1833 la poblacion total se remontaba á veinte mil novecientos setenta individuos, de los cuales eran ocho mil quinientos chinos, mas de siete mil malayos, y cinco mil indigenas del continente indiano, que se estiende hasta las orillas del Ganges. Ultimamente, segun el empadronamiento oficial de 1849, la poblacion asciende á sesenta mil doscientos cincuenta y cinco individuos de ambos sexos, como consta del siguiente estado que merecimos de la bondad de uno de los redactores del *Straits Times*, diario de intereses coloniales que se publica en Singapore, juntamente con el *Frée prest*.

Estado que demuestra la poblacion absoluta de la isla, y el número de casos denunciados ante la policia, en todo el año de 1848.

Cochinchinos.	8	8	»	8
Cafres.	59	43	7	23
Bughis.	4,071	21	28	49
Portugueses.	382	30	25	55
Arabes.	260	40	44	24
Naturales de India.	5,498	816	829	4,642
Chinos.	32,726	4,303	4,056	2,359
Malayos.	4,035	493	223	446
Indo-Britones.	280	6	8	44
Europeos.	4,336	454	84	238
CLASES.	POBLACION.	Sumariamente arrestados, ó enviados ante el tribunal superior.		Total de los casos de policia.
		Presentados ante los magistrados de policia.		



Singapore es un inmenso depósito comercial, que estiende sus productos por toda el Asia y por los grandes archipiélagos vecinos; su rada, tan pintoresca como segura, se halla cubierta de continuo por los pabellones de todas las naciones marítimas del mundo, que pueden arribar á la floreciente colonia sin pagar ningun derecho de entrada, á escepcion, sin embargo, de los norte-americanos, para quienes Singapore no es, ni ha sido nunca, ni será puerto franco.

Las mercancías llamadas de Oriente, y las de Occidente, forman toda la base de las importaciones y esportaciones del país. Las primeras se componen generalmente de los siguientes artículos: seda en bruto, thes y nankines de China, arroz, azúcar, café, sal, aceite de coco, maderas de Siam, estaños riquísimos de Banka, tabaco, maderas de sándalo y sápan, pieles de tigre, cera, oro en polvo, perlas y diamantes, marfil, conchas de tortuga, nidos de golondrina, oloturias, nácar, ébano, goma, sagú, pimienta, cobre del Japon, nuez moscada, aceite de cayaputi, (eficacísima segun dicen para los dolores de reuma), pájaros del paraíso, ámbar gris, tamarindo, benjui y telas diversas de Madrás, Bengala, Java, Sumatra, Bali, etc.

Las mercancías de Occidente comprenden una gran variedad de artículos, entre los cuales figuran en primera línea la pólvora y piedras de chispa, el plomo, los útiles y sustancias necesarias para el bastimento de los buques, las telas de seda, algodón y lana, los vinos de España y Francia, el aguardiente, el rom, la ginebra, etc.

Los principales negociantes, corredores y factores de la isla son ingleses; entre estos se encuentran tambien algunos simples tenderos: los comerciantes en detalle son casi todos chinos; de chinos se compone asi mismo la porcion mas activa é inteligente de la clase agrícola. Todos los años llegan á Singapore en los champanes del celeste imperio, sobre cinco mil emigrados varones, de los cuales mil por lo menos se establecen en la isla, dispersándose los restantes entre los establecimientos españoles, ingleses, holandeses y las islas malayas.

Los negociantes europeos trabajan generalmente por su cuenta; sin embargo, hacen una buena parte de sus operaciones con calidad de agentes de las casas de Londres, Liverpool, Glasgow, Amsterdam, Amberes, Calcuta, Manila, Bombay, Madrás, Canton y Batavia.

El movimiento marítimo y comercial es de grande importancia en Singapore, donde sin embargo de todo apenas llegan á ciento los buques ingleses, españoles, americanos y holandeses que arriban todos los años. En cambio llegan anualmente á Singapore de ciento cincuenta puertos del imperio celestial, lo mismo que de la Cochinchina, del Tonquim, de Siam, de Borneo, Célebes, Sumatra, Java, Amboina, Timor y otras islas del gran archipiélago asiático, mas de mil seiscientos buques de todos tamaños, desde el champan de setecientas toneladas de porte, hasta el pesado panko y la canoa sutil de las islas de Sonda, las Molucas, etc.

El clima de Singapore es cálido, pero sano: no se experimenta en esta isla como sucede en el resto de la India, y en los demas países equinocciales, la larga estacion de las lluvias, durante la cual los calores son sofocantes y abrasadores, ni tampoco se sufre la terrible sequedad que impide que la tierra sea productiva. La lluvia y el buen tiempo se suceden muchas veces en un mismo dia, y hacen la tem-

peratura agradable, manteniendo una vigorosa vegetacion.

Las enfermedades epidémicas, que tantos estragos causan en el Indostan, y en los países vecinos al archipiélago, son desconocidas en Singapore, á donde llegan frecuentemente carabanas de enfermos asiáticos con objeto de restablecer su salud. Tampoco se experimentan los cálidos y débiles vientos que soplan en la península de Malaca, durante los meses de junio, julio y agosto. En el interior de Singapore, y en la parte sotavento de los montes que están cerca de la playa, es donde se disfruta la verdadera temperatura de tierra, muy diferente de la de mar en la estacion en que reinan los vendabales del S. E.

El termómetro marca en Singapore de 79° á 92° Fahrenheit, y 82° por término medio anual. El clima es mas bien húmedo que seco, puesto que la lluvia está cayendo casi continuamente. La cantidad anual de ésta no tiene cómputo fijo, porque en varias épocas del año, el agua cae á torrentes; sin embargo, se ha regulado por término medio, que la lluvia anual es de noventa pulgadas. La estacion mas á propósito para las aguas, que á veces continúan sin interrupcion por algunos dias, es la de los meses de diciembre, enero y febrero.

Durante la monzon del N. E. que reina por lo comun desde noviembre hasta marzo, se fija y mejora el tiempo en los estrechos de Singapore y de Malaca, pues entonces es cuando soplan los vientos N. y N. E. en la costa de la península, de donde saltan todas las noches las brisas terribles. El carácter uniforme de esta estacion, se atribuye á que el curso de los vientos generales, está interrumpido por las montañas de la península, que se extienden transversalmente en la direccion de aquellos.

La monzon del S. O. reina desde abril hasta octubre, y sopla contra la parte septentrional de la costa del O., produciendo en cierto modo la celageria chubascosa que se nota durante esta monzon en el costado oriental de la bahía de Bengala. Por el lado del S. dominan las montañas de Sumatra, y esto, unido á la estension y ramificacion del Océano, que circunda dichas islas, hace que se disfrute en ellas de un clima igual y uniforme, templado por las brisas de mar y las de tierra. Las comunicaciones marítimas entre los malayos de Singapore, los de Pahang y otros puntos de la costa, se interrumpen durante la monzon del N. E. y son reemplazadas por las peligrosas vías de tierra.

Segun los cálculos astronómicos del mayor Davis, se nota en Singapore una sensacion perceptible de frio en los meses de noviembre, diciembre y enero, cuando el sol se halla en el hemisferio del S. correspondiendo con desigualdad el minimum de calor indistintamente á uno de dichos meses. Cuando el sol verifica su paso por el Ecuador hácia el hemisferio del N. en los meses de febrero, marzo y abril, la temperatura aumenta de pronto, subiendo algunas veces al maximum del calor de verano, que unas veces se siente en mayo, otras en junio y otras en setiembre. Cuando el sol está en el trópico de cancer, durante su lento progreso, suele llegar el verano en los meses de mayo, junio y julio, disminuyendo caprichosamente en cualquiera de estos el maximum de calor. En los tres meses siguientes, agosto, setiembre y octubre, cuando el sol vuelve á pasar el ecuador y las paralelas contiguas, es cuando baja visiblemente la temperatura de toda la isla.

No puede decirse, sin embargo de esto, que haya un

movimiento regular del minimum al maximum de calor, ni que las cuatro divisiones hechas mas arriba, correspondan á cuatro estaciones sucesivas de un frio estable ó invierno, de una temperatura que aumenta con regularidad; ó primavera, de un continuo calor, ó verano, ó de un calor que va disminuyendo por grados, como se observa en el otoño. Tampoco puede asegurarse, como lo hacen algunos escritores ingleses, que en Singapore no pasan tres dias sin llover, cuando se observa que duran las sequias ocho dias, quince, y á veces un mes continuo.

Suponiendo, pues, que el clima de Singapore sea igual á una gran parte de la cadena septentrional de la península malaya, resulta de las observaciones del capitán *Elliat*, y de las hechas en el observatorio magnético de la isla, por el doctor *Ward*, que el término medio de la temperatura en una elevacion de 2,440 pies es de. 79¹/₂°

En la llanura de. 82°

A la salida del sol. 77²/₃°

Máximum durante el dia. 89⁵/₃°

Por la tarde despues de puesto el sol. 80°

Proporcion anual de 79¹/₂° á. 92°

El mismo doctor *Ward* ha averiguado que el término medio de los dias de lluvia en cuatro años, era de 482, puesto que el mayor número era de 292, y el menor de 460. Desde mayo de 1833, hasta abril de 1834, llovió en el llano de Pulo-Penang 145 dias, 166 en el monte, y 228 en la provincia de Wellesley, siendo la cantidad de agua en cada punto la que aparece de la nota siguiente:

En el monte. 416. 6 10 pulg.

En la llanura. 65. 5 10 id.

En Wellesley. 79. 4 10 id.

Para completar las antecedentes noticias, añadiremos, que el mes de mayo es chubascoso, aunque escasean en él los golpes de agua, que por el contrario en junio descargan las turbonadas del O., que á veces son violentas: que en julio, agosto y setiembre, está el cielo generalmente cargado de nubarrones, y llueve bastante; pero la lluvia alterna con la salida del sol, y con los chubascos que se presentan con fenómenos eléctricos. Que en los primeros dias de octubre, está el tiempo por lo comun claro y agradable; pero luego se deja sentir la influencia de la monzon del N. E., y suele haber chubascos del N., aglomeracion de nubes espesas, y una lluvia que cae á torrentes por espacio de algunos dias. Que noviembre y diciembre son meses hermosos, frescos y agradables: la brisa de las montañas refresca completamente la atmósfera, el calor se mitiga con las lluvias, que de vez en cuando caen en abundancia, y el aire es mas puro y seco que en las demas épocas del año.

Se ha observado por último, que la diferencia media de los termómetros esternos é internos es de 40°: que el barómetro indica por lo comun 30 pulgadas, con una variacion diaria de 0, 8, siendo este el maximum á las nueve de la mañana, y el minimum á las tres de la tarde.

El coronel *Low* ha observado tambien, que el barómetro ejecuta cuatro revoluciones diarias en la forma siguiente.

A las cuatro de la mañana, que es cuando está mas bajo, y luego empieza á subir hasta las diez; en cuya hora permanece quieto y despues baja hasta las cuatro de la

tarde, que asciende al maximum, y entre diez de la noche y cuatro de la madrugada desciende al minimum de sus indicaciones.

Estos cambios de la columna barométrica se siguen con toda regularidad; siendo el maximum y minimum mucho mayores en los dias de luna llena ó cambio de luna.

La isla de Singapore está muy desgastada por el continuo embate de las corrientes que en los estrechos de Malaca llegan á hacerse extraordinarios. De los numerosos rios que desembocan en dichos estrechos, el mayor es sin duda el de *Johore*, cuyo brazo de mar es el mas hermoso de la península: el curso del rio es muy estenso, y tiene una gran profundidad hasta el punto en que se divide en dos ramales; el oriental llamado *Lingun* nace en *Gurong-Luhumut*, que es la montaña mas alta de las cordilleras del S. y el E. El rio *Sayong*, que es el otro ramal, nace en los montes inferiores de la isla.

Aunque el desmoronamiento producido por la accion de las corrientes es suave, comparado con el que causa la violencia de las olas en sus rompientes; sin embargo, hay puntos en que aquellas parecen ejercer una gran influencia, como sucede en el estrecho de Singapore. Formado este por un valle submarino, que divide la línea peninsular, las fajas salientes de los montes se hallan colocadas trasversalmente á la direccion de las aguas, de lo cual resulta que aquellas van mermando rápidamente.

Las capas horizontales de los montes de *Siglap* y *Tá-nah-Mera*, que no han estado nunca bajo la influencia plutónica, ceden con facilidad, y han producido materiales para la formacion de las llanuras de arena que se extienden entre ellos á vanguardia y retaguardia de los montes. Las cordilleras sedimentarias al O. de la llanura de Singapore, se han endurecido en varios puntos; ademas se han cubierto de hierro y se han inclinado visiblemente, siendo esto causa de la mayor resistencia ofrecida á la mar por aquella parte; pero la cantidad de arcillas blandas, y las pizarras que contienen ha facilitado la accion destructora de las aguas, de manera, que sino fuese por las capas de roca mineral de hierro, que encierran en todo su ámbito, ya hace tiempo que se hubiera consumado la destruccion de aquellas montañas.

Todos los que se han dedicado al estudio de la náutica saben, que desde las *Arroas* hasta *Junk-Ceylan*, la corriente en ambas monzones lleva la direccion casi fija del N: esto se debe en parte al influjo de la mar de China sobre la estremidad meridional, y al desagüe de la mar de Bengala, que en la monzon del N. E. corre al S. O. y vice-versa, cuando los vientos son del tercer cuadrante. El encuentro de las dos mareas, que se verifica por desgracia con demasiada frecuencia, causa ciertas irregularidades peligrosas para las embarcaciones, porque sucede infinitas veces, y en los estrechos de Singapore se observa, que la corriente marcha seis horas en una direccion y doce, ó diez y ocho en la opuesta, casi siempre con rapidez, y en algunos puntos formando remolinos.

Por lo demas, la vista detenida de la costa y sus promontorios, y el exámen geológico de los terrenos, manifiestan evidentemente de qué modo se han formado los espacios que ahora ocupa la península malaya.

Mr. *Anderson* refiere, que ha encontrado cerca de los montes una superficie, de tierra roja, como la de las calles

de Singapore, que tiene ocho pies de espesor, y descansa sobre fango y arena: este hecho prueba de una manera indudable, que la elevacion gradual de los terrenos llanos procede de sedimentos descartados de las tierras plutónicas, y no de aglomeraciones salidas de debajo de tierra. El mismo Mr. *Anderson* hace mérito de una tradicion malaya que asegura, que la mar estaba en otro tiempo en *Pulo-Gorab*, sitio que se halla á treinta millas mas arriba del rio *Delli*, y que hace doscientos años ocupaba á *Serantan*, distante quince millas del rio *Asshan*. Estos hechos demuestran cuando menos, que los terrenos invadidos en otro tiempo por la mar, van aumentándose de tal suerte, que ha llamado la atencion de los naturales de aquellas islas.

En una época muy remota debió existir una bahía con infinitas ensenadas, que penetrando por entre las cordilleras de montes plutónicos, donde tienen su limite, recibian las aguas que se despeñaban desde la altura: estas ensenadas han ido convirtiéndose en valles, y la bahía en una estensa planicie. Se conservan algunos promontorios de arena dentro de tierra, como para hacer ver la diferencia que existe entre la marea alta ordinaria, en que la mar deposita su fango, y el nivel á que pueden subir las olas de mayor fuerza, cuando elevan la arena sobre las playas. El estudio de estas curiosas mareas hace ver, que las alteraciones que de tiempo en tiempo han acaecido en la configuracion de las costas malayas, han variado por necesidad el curso de las corrientes de los estrechos. Una de las mas conocidas, la que marcha paralela al camino de *Sirangun*, por la parte O. de la planicie de la colonia, no debe ser mas antigua que la línea escabrosa de *Siglap*, que ahora está separada de la mar por una playa de arena, y que á no dudarlo es la conocida en lo antiguo por las *Peñas rojas*.

La playa actual, que se estiende hasta *Tanjon-Ru* (punta de arena), ofrece tambien ejemplos palpables de estas trasformaciones periódicas, causadas por las grandes y ocultas revoluciones del globo. Por lo tanto hay motivos para inferir que las altas playas de arena formadas por el impulso de las mareas, han debido tener distintas superficies y configuraciones, arregladas al nivel de los llanos sobre que descansan actualmente. Terrenos fangosos cubiertos de árboles, é inundados en otro tiempo por las mareas, se han convertido en pantanos de agua dura y salobre; las llanuras bajas, que estaban interceptadas de todo punto por playas de arena, se han trasformado en fuentes de agua viva, junto á las cuales se desarrolla una vegetacion gigantesca, tanto mas sorprendente y extraordinaria, cuanto que la tierra se halla saturada de hierro, y parece haber sido quemada por fuegos subterráneos. La elevacion misma del fondo de la bahía, consiste en que ha subido el nivel de la parte baja de los valles.

El autor inglés de quien tomamos mucha parte de las precedentes noticias, añade en su *Bosquejo de la geografia y geologia físicas de la peninsula malaya*, que los terrenos de aluvion se componen generalmente de arcillas blancas, grises, azules y negras. Las de Singapore parecen tener menos cantidad de sílice que las de Malaca y Wellesley; pero esto puede consistir en la naturaleza de las rocas plutónicas, ó en la pequeñez de los rios de la isla, que apenas contienen ningun depósito de sílice infusoria.

En los valles de Singapore se encuentra en abundancia la arcilla pura, útil para la elaboracion de pipas, con la

cual se fabrica la porcelana. Generalmente procede este material de una descomposicion de las rocas plutónicas que se encuentran debajo del mismo.

Los depósitos vegetales que existen en los espacios de aluvion, son masas esponjosas de plantas muertas, saturadas é hinchadas de agua, que por lo comun están sobre fango negro, y cuando se secan se hunde bastante el nivel superficial de los citados espacios. Tambien se encuentran conchas entre las arcillas areniscas, masas compactas de coral blanco, turba, ó carbon de tierra, campos sembrados de arroz y algunos huesos humanos. Se han encontrado ademas en la playa de Singapore, un pedazo de cuerda á seis pies de profundidad, un gran madero labrado con remates de hierro, á cuarenta pies de la superficie, y últimamente, en *Banka*, donde los pozos de estaño se suelen ahondar muchísimo, á consecuencia de las referidas capas de arcilla, se encontró á diez y seis pies debajo de tierra, un bote que es enteramente distinto de cuantos se conocen en la actualidad, desde los tiempos mas lejanos.

Todos estos descubrimientos geológicos, unidos á la poca profundidad de los mares del archipiélago indico, á la naturaleza análoga de las islas de que este se compone, á la multitud de bajos uniformes que se encuentran en los estrechos, al número indefinido de estos, al carácter desigual y bravo de las costas malayas, y á la clase de fondo que se encuentra en todo el Océano Pacifico, hacen creer con algun fundamento, que en edades muy remotas formaron un inmenso y único continente, la China, la Oceania, el Indostan y la América del Sur. ¡Cuánto no tiene que estudiar en aquellas apartadas regiones el hombre científico y laborioso, que se proponga inquirir los misterios impenetrables de un mundo, que se nos dá por tan jóven, cuando en realidad es tan viejo!.... ¡Cuánto no ha de meditar, si observa lo asimilados que se encuentran en sus costumbres unos países con otros, careciendo como carecieron siempre de medios activos de comunicacion!.... Para nosotros, y para los que como nosotros hayan estudiado un poco la geografia y geologia físicas de la quinta parte del mundo (como si dijéramos, el mecanismo de las montañas que forman el esqueleto del mundo asiático), no será nunca un sueño de dementes la teoria de *Atolls* y de *Darwin*, fundada en la existencia primitiva de un inmenso continente oriental, comprendido entre el estrecho de Babel-Mandel, en la embocadura del mar Rojo, y su opuesto el de *Bering* entre la América y el Asia.

La isla de Singapore es el *Botany-Bay* (bahía botánica), del Indostan: á ella se envian los criminales de las tres presidencias, destinados á trabajar en los *junglos* (bosques de bambues), y en las carreteras públicas de la isla.

En nuestro artículo sobre la isla de *Lomboch*; espusimos algunas sencillas consideraciones sobre el carácter general y costumbres de los malayos. Esta raza, que es la indígena de Singapore, se distingue por una tez de color acobrado, por el pelo negro y basto, por la boca desmesurada, por la nariz pequeña y ancha, que parece estar quebrada en su raiz, por el rostro aplastado é inmóvil, por la mandíbula superior elevada y los dientes salientes, por la forma del cráneo casi cuadrangular, por la frente baja y de carácter estúpido, y para que su semejanza con los chongos y macacos sea mas exacta, se distingue tambien por los pies largos, anchos y sin empeine.

Aunque los malayos profesan esteriormente la religion mahometana adulterada, han conservado muchas de sus supersticiones primitivas. Tienen una devocion especial á los bosques, de que está cubierta casi toda la Malesia, por ser para ellos el origen de donde principalmente sacan su alimento. Cada seccion ó parte del bosque se halla, segun los malayos, sometida á un espiritu ó deidad inferior, y jamás cortan un árbol cuando tratan de preparar el terreno virgen para la siembra de arroz, sin solicitar antes por medio de una ofrenda, la aprobacion de la divinidad especial que vigila sobre aquel punto. El olvido de esta sagrada ceremonia es para los malayos de fatal agüero, pues suponen que infaliblemente caerá sobre ellos la maldicion celeste, y que alguna calamidad doméstica vendrá á perturbar para siempre su dicha. A medida que va aproximándose la estacion para el nuevo plantio, queman cierta cantidad de benjuí cerca de uno de los árboles mas corpulentos, y profieren algunas imprecaciones gentilicas. El consentimiento ó prohibicion del *Antu* (que así se llama la deidad de las selvas), llega á su noticia de la manera siguiente: si ven en sueños ciertas imágenes agradables por tres noches consecutivas, lo tienen por signo favorable y proceden á la corta del bosque; si por el contrario ven figuras repugnantes y terroríficas, consideran que es una negativa, y en ese caso escogen otro terreno, para cuya preparacion ensayan las mismas ceremonias. En el caso de alguna calamidad ó desgracia pública, invocan en algunos distritos á un *antu* ó *deva* especial, llamado *Ake-timbang*, del mismo modo que otros isleños invocan á *Primisti-Guru*, porque suponen que se halla oculto en alguno de los rios de la isla. Las montañas, las rocas y las piedras están tambien bajo la advocacion de diversos *antus* campesinos de milagroso poder.

No hace muchos años que durante una enfermedad epidémica, uno de los habitantes de la isla puso sobre un tablado el cadáver de uno de sus parientes, metido en una cesta, á fin de que el *antu* quedase satisfecho con esta ofrenda, y conservase la vida á los demas individuos de la familia.

En la obra del doctor *Epp sobre el archipiélago* se lee, que la plaga de la viruela causa á los habitantes de *Banka* y otros paises circunvecinos un terror escesivo. En cuanto notan los primeros sintomas de esta enfermedad, ó recelan que una persona puede llegar á adquirirla, es abandonada infaliblemente sin piedad ni consideracion de ninguna especie. Todos los miembros de la familia invadida se retiran á los bosques, y no hay vínculo alguno, ni aun el de consanguinidad, que obligue á detenerse á los malayos al lado del desdichado enfermo: las madres abandonan á sus hijos, los maridos á sus mugeres y vice-versa. En una palabra, el miserable paciente tiene que sufrir en el mayor abandono los rigores de la suerte, y si intenta seguir en su fuga á sus padres ó amigos, es muerto sin compasion por los mismos que le dieron el ser. Este brutal instinto en una raza que bajo otro aspecto no carece de sentimientos humanitarios, la aproximada demasiado por desgracia á la torpe condicion del estado salvaje, entre quienes el único sentimiento que domina es el de la propia y esclusiva conservacion.

En Singapore como en el resto de la Oceania, abundan los reptiles de todas especies, familiarizados hasta cierto punto con los habitantes. En cierta ocasion vimos una cu-

lebra viva, de catorce pies de longitud, que habian cogido en la cocina de una casa de nipa. Los cazadores, que eran europeos como nosotros, la mataron en el acto: poco despues nos dijo un indio tagalo, que era una lástima el que no la hubiésemos metido viva en la bodega para que se comiese las ratas. El tal cazador de ratas no podia ser ciertamente mas espantoso.

Dicen los que habitan en pueblos pequeños de la Oceania, que no es prudente plantar bananas ni otros arbustos cerca de las casas aisladas, por cuanto atraen toda clase de bichos venenosos. Entre las grietas de la leña vieja, anidan frecuente los *cien-pies* y los alacranes, que existen en abundancia en los buques arroceros. Los alacranes negros y grandes son poco peligrosos, porque se distinguen al momento: los pequeños, de color amarillo, muerden y producen fuertes y agudos dolores. El *cien-pies* es mas temible que el alacran: su picadura ocasiona una inflamacion general, y si no se acude á tiempo con la preparacion cáustica del ajo machacado, hay riesgo de perder la vida. El *cien-pies* busca con avidez la ropa blanca: se esconde entre los pliegues de una tohalla, y pica al enjugarse la cara; se mete tambien entre las sábanas de la cama, y entre las chaquetas, calzoncillos y camisas que se dejan sobre las sillas. En una palabra, el que quiera liberarse del venenoso *cien-pies*, debe reconocer con cuidado antes de ponérselas, todas las prendas de su uso diario. El alacran negro es del tamaño de un cangrejo de rio.

Los lagartos y lagartijas que andan por las paredes de las habitaciones, alarman en un principio á los extranjeros recién llegados de Europa. El *gek-ko* (*chacon*), tan conocido en Filipinas, inspira por lo regular serios temores por creer que sea venenoso: habita en los tejados de las casas; su figura es muy parecida á la de la salamandresa, se adhiere con solidez á todos los objetos con sus húmedas y arrugadas patas, y lanza un grito profundo semejante al sonido de su nombre (*gek-ko*), que muchas veces se está oyendo durante toda la noche. Los lagartos y lagartijas que habitan en las alcobas de las casas, son miradas con cariño por los indigenas, por cuanto no se meten con nadie, y destruyen toda clase de insectos.

Los europeos que habitan algun tiempo en las Indias Orientales tienen una antipatia mortal á toda clase de ejercicios, y juzgan que un paseo en palanquin ó en carruages, es la cosa mas fatigosa del mundo. No se crea por eso que en las Indias se pasa el tiempo en una completa inaccion. La mas rigida exactitud se observa en el cumplimiento de los deberes respectivos, y existe una activa rivalidad entre los empleados civiles y militares de todas las colonias.

A pesar de que el calor que se experimenta durante el dia, imposibilita á las gentes para salir al aire libre, se obtiene una temperatura menos incómoda dentro de las habitaciones, que cuentan espaciosas galerías ó *verandhas* (ventanas con toldos de estera). Se suda copiosa y constantemente, pero no se experimenta esa insufrible dejadez de cuerpo y alma, que acomete en Europa en los dias calurosos de verano.

En las ciudades grandes se entretienen en las horas de ocio, lo mismo que en Europa; en los puntos aislados de provincia, se vive familiarmente con los pocos ó muchos individuos que en ellos habitan.

La mesa de los europeos de la India ostenta una varie-



dad infinita de platos, con viandas procedentes de las cinco partes del mundo. Sin embargo, la comida del país es la más saludable para aquellos que no han logrado vencer los males dimanados del cambio de clima. Consiste esta comida por lo general en arroz, gallinas y pescado; el arroz se cuece sin ningún condimento, se escurre el agua que contiene, y cuando está seco (que entonces se llama *morisqueta*), se come sólo ó mezclado con las demás viandas. Los naturales se sientan sobre esteras ó petates en derredor de los platos y comen con los dedos con gran destreza: los europeos se acomodan en sillones de bejuco, y á los postres estenden las piernas sobre la mesa. Para estimular el apetito usan los primeros especias fuertes, que abrasan la boca y el estómago de los segundos.

Los malayos de clase elevada tienen una costumbre extraña para manifestar su satisfacción durante la comida; consiste esta en hacer gran ruido con los labios y en erup-tar estrepitosamente, poniendo las dos manos sobre el vientre. Si observan que alguna persona no se conduce como ellos, dicen en seguida frunciendo el ceño, *ini orang kurang-adjhar* (este hombre ha sido mal educado.)

El traje de los europeos en la India es ó debía ser, el que reclama lo ardoroso del clima; decimos que debía ser, porque bastando para presentarse en público una chaqueta y pantalón blancos, y un sombrero de paja como se usaba en otro tiempo, se ha introducido en las ciudades populosas la moda fatal de las ropas de paño, que no pueden ser ni más molestas, ni más anti-higiénicas ó inconvenientes. Dentro de casa viste el europeo una camisa sencilla llamada *kabaya*, unos calzones blancos, ó de percal de colores (*tejlana-tidor*), y unas chinelas ó zapatillas sin talón.

En resumen, la vida de los europeos en la Oceanía, es con corta diferencia la siguiente: entre seis y siete de la mañana se levantan de la cama, toman el café ó el chocolate, según la costumbre de la colonia, y se asoman en seguida á las galerías ó *verandhas* á tomar el fresco; trabajan con lentitud, y fuman muchos *tabacos* hasta las once en que almuerzan, y después se van al baño de *tavi*, que los malayos llaman *siram*. No hay duda que vale mucho más un baño de río; pero por lo general nadie lo toma sin infinitas precauciones, por temor á los caimanes. A las dos comen los españoles la puchera, con cuatro ó cinco principios, y duermen la siesta hasta las cuatro, en cuya hora comen los ingleses sus estofados de pimienta, habiendo dormido antes. A las seis se pasean en carruaje, se toma el *thé* ó *cha* á las ocho, se cena entre diez y once la *tignola* ó el *carrey*, y al poco rato, saboreando un esquisito cigarro puro, se mete el europeo en la cama, que consiste en un catre de bejuco, sobre el cual se coloca un petate con dos sábanas y una almohada de algodón, ó de goma hinchada de viento. A esto se reduce con más ó menos accidentes, la vida empalagosa, pero cómoda y regalona que se disfruta en las Indias Orientales.

Recientemente se ha introducido en Singapore el cultivo de la nuez moscada, y el de la pimienta y clavillo, que exhalan un aroma lleno de gratos perfumes. Si algún curioso quiere reconocer aquellos hermosos plantíos, debe hacerlo antes de salir el sol, en carruaje y bien acompañado, porque los tigres suelen andar por las inmediaciones hambrientos de carne humana.

En aquel olvidado rincón del mundo, donde hace veinte años había solo por habitantes una porción de monos, culebras y sabandijas, viven ahora confundidos los hombres de todos los países y de todas las sectas que se conocen. Allí se eleva la ermita católica, con su modesta pompa; la pagoda china, rica de adornos y de trabajos arquitectónicos; la iglesia armenia con su interesante sencillez; la ridícula y fría sinagoga, la mezquita árabe, el templo protestante, y el santuario de indus y malayos indígenas, donde ni aun con la propina en la mano tienen acceso los profanos de otras sectas.

La población de Singapore es linda y simétrica: se compone de casas de cal y canto que habitan los blancos, y de barracas de nipa (*nippa fruticosa*), donde vive la gente de color y los chinos. Estas últimas se hallan construidas por el sistema que siguen los malayos, es decir, que están levantadas sobre pilares de madera, con un espacio descubierto en la parte baja, donde arrojan las aguas inmundas. Las barracas malayas son más ó menos cómodas y elegantes, según los recursos con que cuenta el indio que vive en ellas; los ricos cubren sus chozas con tablas, y las dividen en secciones á manera de cuartos; los pobres no disponen más que de una localidad de las más humildes.

En Singapore hay muy pocas mugeres, y esas pertenecen en lo general á lo más feo de su sexo. El extranjero nota desde luego la falta de bellezas cosmopolitas, y no puede atribuirle á otra cosa sino á la circunstancia de haberse formado la colonia con emigraciones inconexas de malayos, árabes, bughis, malabares, bengalíes, parsis, judíos, chinos, armenios y europeos.

Cuenta Singapore dos fondas bastante concurridas, la de London-hotel que dirige *Mr. Dutrunquoi*, de nación holandés, y la de París-hotel, que se halla á cargo de un francés muy miserable, muy caro y muy regañón. La primera fonda está cerca de la rada, y se halla servida por criados mestizos de portugueses y de China, que entienden con facilidad la lengua española. La segunda tiene malas localidades, y es visitada por la gente alegre de mar, que busca la broma y la algarazara con preferencia á su reposo. En ambas se paga á subido precio la facultad de poder sentarse á una triste mesa, donde todo es abundante menos la escelencia y acertado condimento de los platos.

Bajo el gobierno de ilimitadas franquicias que reina en Singapore, puede el extranjero vivir en la isla del modo que mejor le plazca. Cuando llega á la costa nadie le pregunta de donde viene, ni adonde vá, ni que es lo que conduce, ni se le exige el pasaporte, ni se le obliga á presentarse á ninguna autoridad, ni se le impide que se establezca donde quiera, en la ciudad ó en el campo, ni se cuida nadie de saber cuando se va, ni cuando vuelve á la isla. Si esto no se asemeja al inocente y amable desorden de los tiempos patriarcales, que vengan y nos digan á que se parece.

Concluiremos diciendo, que en el mes de julio de 1849, había fondeados en la pintoresca bahía de Singapore, más de cien buques extranjeros, de los cuales eran españoles, el vapor de guerra *Magallanes*, y algunas fragatas mercantes de la matrícula de Manila.

F. SEFÚLVEDA.

HISTORIA NATURAL.

LA CIGARRA DE LAS ARENAS.

Deseaba distraerme y tomé asiento en un banco de piedra de un jardín perteneciente á un amigo mio, y dando frente á una calle formada de arena. Habría transcurrido poco mas de un minuto, cuando se presentó á mis ojos un elegante insecto de vivísimos colores. Segun pude observar vi que era perteneciente al órden de los himenopteros, porque tenia cuatro alas membranosas y transparentes, y que pertenecía al género de las cigarras. Noté en este animalito cierta agitacion. Se detuvo entre dos ramas en un parage donde la superficie de la tierra, batida por la lluvia, aparecia unida y compacta. Entonces con sus pequeñas patas se puso á escarbar con una actividad que anunciaba la ejecucion de un importante proyecto. Bien pronto hizo un agujero redondo de dos lineas y media de ancho, bastante profundo para esconder en él la cabeza y la mitad anterior del cuerpo. Hasta entonces se habia contentado con diseminar en su derredor la tierra que apartaba del agujero, lanzándola á cinco ó seis pulgadas de distancia con sus patas traseras; pero cuando hubo abierto cerca de una pulgada de profundidad, esta tierra quedó amontonada en derredor del agujero, porque no podia ya extenderla con sus patas, y cambió de maniobra. Se conoce que el animal preparaba la habitacion para sus hijos.

Cuando la cigarra terminó su agujero, voló y se trasladó á tres pasos de distancia de este sitio.

Al poco rato la vi traer arrastrando una oruga grande que habia matado probablemente con su aguijon. Ora la levantaba, ora la arrastraba, y últimamente se la puso debajo á guisa de caballo, y la montó, y haciendo violentos empujes con sus patas posteriores y anteriores apoyadas en la tierra, abrazó el cuerpo de la oruga con las de enmedio, y comenzó á marchar con sus cuatro patas llevando en balance su pesada carga.

Merced á este método logró conducir la oruga al agujero y meterla en él con suma destreza. Durante el momento que tardó en reaparecer deduje que se ocuparia en depositar sus huevos en el cuerpo de la oruga, para que cuando los huevos se abriesen y salieran los insectos, hallasen al punto un alimento conveniente á su infancia. Poco tiempo despues salió y se puso á buscar una piedra que condujo y puso sobre el agujero, y como viesse que era un poco grande para ajustarse con precision, la arrojó lejos de si y buscó otra; esta fué demasiado pequeña; la tercera y la cuarta no se ajustaron tampoco, y todas las fué tomando sucesivamente, hasta que halló una que se adaptaba bien á su propósito; colocóla definitivamente, y la cubrió de arena á fin de imitar los accidentes de un terreno que no hubiese sido removido, consiguiendo disponer de tal modo su trabajo, que una hora despues, cuando volvi al mismo sitio me fué imposible dar con el agujero. Esta observacion me suministró la idea de hacer este articulillo para el *Museo de las Familias* é insertarle, al mismo tiempo que poner en evidencia por medio de un buen grabado el hecho segun le observé.

B***



La cigarra de las arenas.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.



Ultimos momentos de Luis Diez.

UN JURAMENTO EN EL SIGLO XII.

I.

LA PROMESA.

En una mala casucha, separada un corto trecho de la entonces populosa ciudad de Medina del Campo, en una noche del mes de agosto de 1198, se presentaba un espectáculo triste, sublime, de dolor y resignacion, de heroismo y santidad.

Grandes gotas de agua se desprendian de una atmósfera que aquella tarde se habia mostrado centellosa y atornadora; así es que tres jóvenes hidalgos que precedidos de un anciano escudero se habian entrado en aquel miserable albergue, colgaron sus capas pasadas por la humedad, y sacudieron sus sombreros de larga pluma, desde el momento que traspusieron el umbral. Una muger con las lágrimas en los ojos salió á ellos, les abrazó, y solo tuvo fuerzas para decirles:

—¡Hijos míos, vuestro padre... os espera! Y alargaba la mano para indicarles la puerta del aposento de éste. Los

tres jóvenes se precipitaron en él, y á su vista comienzan á mirarse bañados en un frio sudor. ¡No era extraño!

En un cuarto de paredes de barro y renegridas por el tiempo, mal alumbrado por una lámpara de azofar, sin mas mueblage que una tarima de cordeles con un mal jergon un sillón de encina y parte de una guerrera armadura, se encontraba un hombre de cuarenta y ocho á cincuenta años, que sin embargo tenia el cabello y la barba cana sin cortar largo tiempo, vestido de un tosco sayal.

Apenas divisó á sus hijos se incorporó en aquel pobre lecho y con voz trémula exclamó:

—Acercaos, hijos míos.

Estos se arrodillaron y besan con veneracion la mano que el padre les abandonaba.

—Si, besadla, hijos del corazon, besadla; sobrado tiempo habeis estado privados de ella, y quizás.... ¡Ay!... quizás será la última.

Reinó el silencio por un rato; el padre los miraba con ternura mientras los sollozos de los jóvenes se confundian en un solo lamento, y las lágrimas se deslizaban en abundancia por sus mejillas. Volvió aquel á tomar la palabra.

—¡Cuán elocuentes son esas lágrimas para mí! No obstan-

te, no más lloro, necesito ver en vuestro rostro semblantes de hombres. Bien.... así.... así.... veo con placer que sois muchachos valientes: oid lo que voy á deciros y no me interrumpais.

Calló un momento cual si dudara como habia de empezar; de pronto sus ojos, antes vidriosos y amortecidos, se animaron, su fisonomía tomó una tinta de vigor y resolución y prorumpió:

—Voy á morir, lo conozco; quiero antes que Dios Todopoderoso me llame á sí, esplicaros mi estraña conducta desde el momento que me retiré á esta miserable morada; estadme atentos: «Hace tres años sali de Medina con su infantería á la desgraciada batalla de Alarcos. Como capitán llevaba la bandera de mi pueblo, y como siempre fué la victoria con ella: donde vi que era mas recia la pelea, allí me dirigí con mis bravos: colocado á su cabeza di el grito de ¡Santiago! ¡cierra España! y ¡guerra! ¡guerra! contestaron mis soldados arrojándose sobre los perros agarenos; ¡oh! terrible les fué nuestra embestida, pues por espacio de una hora estuve presenciando una horrible carnicería. La fuerza enemiga se aumenta y una docena de moros me cercañ.

—Cristiano, dá esa bandera, me dijeron.

—Antes la muerte; y de una estocada pasé el pecho del que osó pedírmela.

Al verle muerto sus compañeros se exasperan y vienen con mas vigor.

—¡A mí, soldados! grité. ¡Ay!.... ¡en vano, todos habian muerto! Ciego, desesperado, dando mandobles á todos lados quiero abrirme paso; pero el golpe de una cimitarra enemiga me arranca con parte de mi mano izquierda la gloriosa bandera; quiero aun cogerla, pero seis hombres que se echan sobre mí me la quitan!... ¡Ira de Dios! ¡quitar la bandera á un hijo de Medina!...

Calló el narrador un momento dejando caer la cabeza sobre el pecho y cubriendo el rostro con las manos: los hijos respetaban un dolor tan intenso y ciertamente que jamás pusieron mas á prueba su valeroso ánimo: para que el cuadro fuera mas imponente, la lluvia caía á torrentes y azotaba con un ruido espantoso, las descarnadas paredes de aquella triste mansion. Volvió á incorporarse el primero y con voz bastante alterada prosiguió:

—La batalla era cada vez más encarnizada.... Veo el sitio do se hallaba el rey Alfonso, y allí me dirijo; al llegar se balancea en su caballo y cae herido por un gefe moro; me voy á éste y logro atravesarle el pecho.... ¿Qué mas podré deciros?... Viendo que la batalla se habia perdido, lo mismo que mis soldados y bandera, mi rey estaba herido y yo no habia muerto, quise quitarme la vida con mi propia espada; pero.... tenia una esposa, tenia... tres hijos.... á este recuerdo lloré; lloré, si, porque tenia que sobrevivir á nuestra derrota. Entonces, (prestadme atención pues que esto al par que daros mi último adiós, es lo que me obliga á llamaros), entonces hice juramento, 1.º *de no entrar en los estados de la ciudad de Medina, ni vestir seda, ni quitarme el cabello ni la barba hasta ganar estandarte enemigo.* 2.º *Que mientras esto llegase, habia de habitar esta reducida choza vestido de tosco sayal.* Varias veces he instado al rey para hacer guerra, y poder cumplir mi juramento, pero inútilmente; hoy conozco que no podré cumplirlo y por eso os llamé. «Sancho: tú que eres el mayor de mis hijos no debes consentir que tu padre deje de cumplir

lo que ha prometido, y por ser tu brazo mas fuerte, te corresponde obrar por el que pronto dejará de existir: júrame por Dios y su Santísima Madre, por el rey y el honor de Medina cumplir en un todo las condiciones que tu padre se impuso.»

El joven puesta su mano derecha sobre el corazón, contestó con voz dulce pero segura:

—Yo os lo juro padre mio; juro por Dios que me oye en este momento para mi tan sagrado, por la Virgen Santísima, por el rey, por el honor de Medina, por vuestra salvación y la mia, ejecutar en todas sus partes el deber á que estais sujeto por medio de un juramento.

—Si así lo haces Dios te lo premie con su bendición como yo te doy la mia, y si no lo hicieres cáigate la maldición. Berengario, Roman, (dijo dirigiéndose á los otros dos) si por una causa ajená á su deseo vuestro hermano no lograrse su intento, ¿me prometeis obrar con todas vuestras fuerzas hasta ver cumplida mi promesa?

—Lo juramos.

—Bien, hijos, Dios os dará el valor necesario.

—Y vos se lo pedireis en el cielo, ¿no es verdad? dijo el menor.

—Si, hijo mio, y los ruegos de un padre para el bien de sus hijos serán atendidos por el que es todo piedad y misericordia. Vaya hijos míos mi hora se acerca.... me siento debilitar por momentos.... Ya sabeis que no fué por escasez de amor el teneros tres años.... fuera de mi lado.... juzgad por vuestros nobles corazones.... las angustias que habré pasado en ellos.... y.... me faltan las fuerzas.... llamad á Blanca.... y si ha venido el....

—Dios misericordioso sea en esta casa, dijo al entrar precedido de la muger del guerrero, un anciano sacerdote que tenia en el país fama de santo.

—Llegais á buen tiempo, padre mio, voy á concluir con el mundo. Adios Blanca.... dulce esposa mia.... Adios para siempre, tierna compañera en mis horas de felicidad.... muger, ó mas bien ángel consolador en mis horas de infortunio, sé feliz. Hijos míos, adios tambien, sed felices.... mostrad en todas vuestras acciones nobleza é hidalguía.... cuidad á Blanca.... yo os bendigo.

Madre é hijos despues de colmarle de besos y lágrimas, le dejaron solo con el sacerdote.

Dos horas habian pasado, y era cadáver un héroe del siglo; su nombre era Luis Diez.

Sepultado que fué en Nuestra Señora La Antigua, su hijo mayor comenzó á cumplir su juramento vistiendo sayal y habitando la misma choza.

En el precedente capítulo diremos como concluyó.

II.

LA BATALLA.

Reunidos se hallaban los tercios de Medina del Campo y Avila, en el campamento que el rey Alfonso de Castilla hizo frente á los muros de Ronda, en la primavera del año 1204.

Orgullosos los moros con el triunfo de Alarcos y algunas acciones de poca entidad, no se habian cuidado de cortar la entrada de los cristianos en su territorio; pero al ver que un ejército aguerrido se aproximaba á Ronda, trataron de salir á batalla, y frente al ejército castellano se pre-

sentó otro mucho mas numeroso de sectarios de Mahoma.

Hemos dicho que los de Avila y Medina se hallaban juntos, pero no que sus capitanes, en el amanecer del día que tienen lugar los sucesos que estamos narrando, habian hecho propósito de correr aunados los mismos azares.

—Capitan Sancho, habia dicho el de Avila; el mismo juramento me hace á mi venir sin bandera levantada, y vive Dios, que ó no vuelvo á mi pueblo, ó entro con una conquistada por mi mano.

—Pues es una razon mas para que no nos separemos; el corazon me dice que hoy es el día de cumplir lo jurado en el mortuorio lecho de mi valiente padre; por tanto sigamos la misma suerte si os acomoda.

—Que me place; y dándose la mano comenzaron á ordenar su tropa.

Colocáronse los dos á la cabeza de sus respectivas compañías. Seguía, Berengario, hermano de Sancho con otra compañía de medinenses; en pos de éste, un alférez de Avila, y á retaguardia Roman Diez con tropa de ambos pueblos.

Dejáronse oír en todo el campamento los clarines y atambores. El rey de Castilla recorre su numerosa hueste, inflamando con su voz á los soldados, á la que contestan poseidos del mas vivo entusiasmo. También se advierte movimiento en el campo enemigo; dan al fin el grito de guerra en ambas partes, y muy pronto vinieron á las manos.

Sancho Diez ve sobre una pequeña eminencia dos banderas de los enemigos y se las enseña al compañero.

—Para lograrlas sería necesario atravesar el grueso todo del ejército agareno, le replica.

—Y eso ¿qué importa? allí está el fin de nuestro juramento, adelante.

Imposible nos es describir los desesperados esfuerzos, las continuas luchas, y los choques que tuvieron estos intrépidos capitanes para abrirse calle por aquella masa compacta de enemigos hasta lograr ponerse en frente de las codiciadas banderas.

—Nuestras son; esclaman abrazándose á los que las llevaban.

—¡Soldados! ¡á estos perros! gritaban Berengario y el alférez de Avila, cargando sobre los moros que componian la retaguardia.

—¡Hijos de Agar! ¡á ellos! clamaban los moros; y de una parte y otra se acometen con el frenesí horroroso de dos lobos que se disputan una sabrosa presa. Sancho logró tirar al suelo á su adversario.

—Suelta esa bandera perro judío, le decia cogido al estandarte que el otro oprimia con fuerza, á tiempo que con la mano derecha le hacia sentir en el pecho la penetrante hoja de su daga.

—También mi padre pidió á un cristiano en Alarcos la suya y éste contestó que *antes la muerte*.

—¿Y tu padre? le interrumpió Sancho.

—Mi padre murió á manos de aquel cristiano, pero yo logré quitarle la bandera.

—¿Con que fuiste tú? pues su hijo te quita hoy la suya. Toma, y que el infierno te confunda; y le hundi6 la daga hasta el pomo: mientras el moro se revolcaba en su sangre, Sancho se levantaba triunfante con su bandera y recibia aclamaciones de júbilo de sus soldados que en union de los

de Avila habian logrado dispersar á los enemigos. Los mismos esfuerzos anteriores emplearon para salir al sitio do se hallaba el rey.

La batalla en un principio favorable á los musulmanes comenzaba á contrariarles: el castellano rey habia por su mano muerto dos gefes moros; y sus ricos-homes no habian ido en zaga á su soberano: aumentada la hueste que rodeaba á Alfonso por los dos esforzados capitanes y su gente, no tardó, gracias al arrojo con que acometieron, declararse la victoria por Castilla.

III.

LA RECOMPENSA.

Vuelto á su córte Alfonso con un abundante botín, y sumamente satisfecho de la espantosa derrota de los musulmanes; trató de recompensar con muchos favores á cuantos soldados se habian distinguido por su valor; llegó la vez á Sancho Diez, y le hizo llamar á su presencia.

—Valiente eres, joven, dijo al verle; bien me prueban los de Medina su querer, mandando á mi lado homes que fagan fazañas tan sublimes: pide cuanto quieras.

—Señor, contestó el joven, V. A. me hace demasiada merced: me habeis dado ocasion de cumplir un juramento hecho á mi padre á la hora de su muerte, y estoy muy pagado.

Satisfecho el rey de tanto desprendimiento, quiso premiarle con usura.

—Sancho, esa accion te ensalza á mis ojos; seis linages principales tiene Medina, quiero desde hoy hacerte cabeza de uno nuevo; puesto que tus hermanos han contribuido con todas sus fuerzas al logro de nuestra victoria, lleve por nombre linage de Pulinos (1).

Arrojóse á los pies del rey, y dándole las gracias, le ofreció su brazo y los de sus hermanos, para cualquiera ocasion que le fueran necesarios.

Llegado que fué á Medina, no fué menor la gracia que ésta le concedió á vista de su triunfo: la bandera que por su mano cogiera á los moros, tenia trece rodeles blancos en campo azul, y tales son desde aquel día las armas de esta villa: agradecido Sancho á tan singular favor, mudó su apellido Diez, llamándose en adelante Sancho de Medina; sus hermanos siguieron el ejemplo.

El año 1210, al lado de Alfonso, asisten los tres hermanos á la famosa cuanto providencial batalla de las Navas de Tolosa, en la que mostraron su conocido valor.

A Berengario, con el nombre de capitan Pollino, se le vé derrotar á los moros de Baeza.

Medina no podia carecer de los cuerpos de hijos tan ilustres: aunque muerto alguno fuera de sus muros, fueron reclamados y sepultados; Sancho, en la parroquia de San Esteban, Roman y Berengario en la de San Bartolomé que fué reedificada por el último y dotada con muy pingües rentas.

El ejército invasor en 1810 arrasó con parte de la poblacion estos dos magníficos templos; con ellos sepulcros y

(1) Pulinos, que significaba de los mozos; muy poco tiempo después vemos dicho linage con el nombre de Pollinos, y es con el que se ha conocido hasta el día, que el único sucesor que conocemos se hace llamar de Polinio.

archivos, do se encerraban mil documentos que debieron ser eternos. Hoy solo queda una era empedrada, del San Bartolomé, donde se dice, (porque solo hace ocho años que cayó el último pilar) aquí fué templo: de San Esteban, nada se dice porque en su suelo hace mucho que entró el arado.

Tal es la suerte de monumentos que tal vez se erigieron para perpetuar á despecho de las generaciones el nombre de su fundador: empero existe en los pueblos una historia para sus buenos hijos, y esta no se arruina nunca.

SATURNINO GONZALEZ Y REGUERA.

PINTORES CÉLEBRES.



Retrato de Eustaquio Le Sueur.

EUSTAQUIO LE SUEUR.

I.

EL TIRANO DE TALLER.

Eustaquio Le Sueur, ha sido apellidado el Rafael francés y la posteridad ha consagrado á su memoria este título, con tanta mas razon, cuanto que en su desgraciada vida, no tuvo ni gloria ni provecho.

Una ligera reseña de sus trabajos, nos servirá para demostrar esta verdad.

Una mañana del año 1636, un anciano de exterior modesto, y un jóven todavia mas tímido, entraron en el taller de Simon Vouet, primer pintor de cámara del rey Luis XIII. Aquel maestro empuñaba entonces el cetro del arte en

Francia, porque tenia por discípulo al mismo monarca, y porque Nicolas Poussin estaba en Italia.

—Señor Vouet, le dijo el anciano, hé aqui á mi hijo Eustaquio Le Sueur, á quien habeis prometido una plaza en vuestros talleres, y un sitio entre vuestros discípulos. Me parece que es digno de vuestras lecciones, juzgad por sus dibujos y sus bosquejos.

El jóven se ruborizó y abrió su cartera con mano temblorosa. Uno de sus futuros compañeros se echó á reir á carcajadas en su misma presencia, y su ejemplo fué imitado por todos los demas.

—No os riais, caballeritos, dijo Vouet, despues de examinar con atencion los dibujos de Eustaquio: ninguno de vosotros maneja el lapicero como este jóven; posee una cualidad que os deseo á todos; sus menores ensayos tienen carácter.

—Tomad, amigo mío, añadió dirigiéndose al discípulo que cada vez se ruborizaba mas: este es el mejor caballete de mi taller, ocupad en él vuestro puesto.

Le Sueur el padre, humilde grabador de Montdidier, se retiró soñando para su hijo el destino de Miguel Angel.

Eustaquio se colocó junto al caballete, pero el que se había burlado de él volvió á entrar, y á fuerza de añaga-

zas, se apoderó de su puesto, pretestando que le había ocupado el mes anterior.

Y el tirano de taller se condujo de modo, que el maestro Vouet no se atrevió á restablecer á Eustaquio en su derecho.

Pues bien, aquel tirano era Le Brun, cuya envidia persiguió á Le Sueur hasta el sepulcro.



La predicacion del doctor Raimundo, copia del cuadro de Eustaquio Le Sueur.

II.

EL ARTE Y EL OFICIO.

Eustaquio Le Sueur, nació en Paris en 1617. Su familia, aunque noble, estaba en decadencia, y su padre no había tenido el suficiente talento para sacarla de tan deplorable

estado; mas á pesar de todo, estaba enlazada con las ilustres casas de Rambure y de Creguy. El gran pintor tuvo la prudencia de no envanecerse jamás por esta circunstancia, y de aspirar á la gloria por su habilidad y no por sus blasones.

Después de trabajar tres años en los cuadros de Vouet

fué admitido como maestro pintor en la Academia de San Lucas. En aquel tiempo, los artistas mas ilustres llevaban el mandil sin avergonzarse. Edelinck, el primer grabador de su siglo, se sentaba á la puerta de la tienda con los instrumentos en la mano, y todo el mundo se burlaba de un tal Fouquieres, que se titulaba el *señor baron*, y afectaba no pintar sin la espada al lado. Aviso á algunos artistas aristócratas de nuestros dias, que olvidan la nobleza del trabajo y de sus sagrados atributos.

Mientras que Le Brun desalentaba á Le Sueur, el Poussin fué á Paris, y le reanimó con sus consejos: le dejó dos maestros infalibles, el alma y la naturaleza.

Casado á la edad de veinte y cinco años, sin fortuna y sin protector, Eustaquio luchó en la oscuridad con la envidia y la miseria, y vivia dibujando imágenes de santos, portadas de libros de rezo, y virgenes para conventos. Luego emprendió pinturas y adornos para las cofradías, iglesias y altares. Pero en aquellas producciones de oficio, jamas olvidó el divino arte. No hizo abdicacion de su alma para alimentar su cuerpo.

Por último, obtuvo una plaza de inspector de la recaudacion de arbitrios municipales de Paris, y asegurada ya su subsistencia, se entregó enteramente á la pintura.

III.

LA ESTOCADA.

Sin embargo, sus funciones civiles suscitaban estrordinarios embarazos á sus trabajos de artista.

Un dia que inspeccionaba la barrera del Oureine, uno de sus dependientes fué insultado por un noble. Le Sueur volvió por el decoro de la administracion, y dirigió una esquila de desafio al provocador.

—¿Quién sois? le preguntó con desprecio el retado.

—Soy Eustaquio Le Sueur, autor de algunos cuadros que quizá habreis visto.

—En materia de pinturas no conozco mas que los escudos de armas, y sé que un noble no cruza su espada con el pincel de un pintor. Vuestra paleta ensuciará mi escudo, maestro Eustaquio.

—Entonces, repuso el artista indignado, nada teneis que ver con el pintor Le Sueur, que no se envanece mas que con sus trabajos, sino con el caballero Le Sueur, pariente de los Rambure, y de los Creguy, como os lo probaré esta tarde.

Lo probó en efecto, y el duelo se efectuó al dia siguiente por la mañana.

Desgraciadamente Eustaquio no fué noble á medias: dejó á su enemigo tendido en tierra.

IV.

LA VIDA DE SAN BRUNO.

Le Sueur no pudo sustraerse de las leyes que castigaban el duelo y de la venganza de una familia poderosa, sino refugiándose al pie de los altares en el convento de cartujos de la calle del Infierno.

Aquella fatal aventura llegó á ser una felicidad para el artista. En aquel claustro concluyó de desarrollarse su ta-

lento. Espió su falta, y recompensó á sus protectores, pintando en veinte y dos lienzos, la *vida de San Bruno*, que ha inmortalizado su nombre.

Aquellos cuadros figuran en el Louvre, y en su mayor parte han sido grabados: todos saben como nosotros, que cada uno de ellos es una obra maestra.

Jamas se han personificado tan admirablemente las virtudes cristianas; la humildad y la caridad, el desprecio del mundo, los rigores de la penitencia, los éxtasis de la oracion, la expectativa de la muerte, y las beatitudes de la otra vida.

Le Sueur, que acababa de perder á su muger, puso en aquella obra el doble sello del genio y de la santidad.

Y sin embargo, aquellos cuadros tan maravillosos todavia, no han llegado hasta nosotros, tales como el artista los hizo. Una ruin envidia, una inesplicable barbarie, los mutiló en el mismo claustro que adornaban. Los religiosos no pudieron salvar mas que lo que de ellos queda, cubriéndolos con unas tablas y cerrándolos con llave. Jamás se pudieron descubrir los autores de semejante infamia, á quienes Voltaire zahiere con estas elocuentes palabras.

¿Cuál era vuestro error, pintores vulgares, rivales clandestinos cuyas manos temerarias han creido desfigurar por una miserable envidia las sublimes pinturas del Zeuxis de los franceses, en el claustro en donde parece que Bruno respira todavia? El honor de su pincel se ha aumentado con vuestras injurias: esos girones las hacen mas preciosas, y sus rasgos son mucho mas hermosos: ellos hacen resaltar mas y mas vuestra odiosidad.

V.

EL TALENTO Y EL GENIO.

Cuando Le Brun, á su regreso de Italia, fundó en 1648, la Academia real de pintura, no pudo impedir que Le Sueur entrase en ella con otros doce de los mas antiguos: pero le reservaba otra injuria que no se hizo esperar mucho tiempo.

La compañía ó gremio de plateros, presentaba todos los años en la catedral un cuadro que llamaban el *Mayo de Nuestra Señora*. Los síndicos encargaron á Le Sueur el de 1649, y el pintor hizo la *predicacion de San Pablo á los Efesios*, una de sus obras maestras y de las de la escuela francesa. Le Brun le tasó en tan poco, que solo pagaron al artista cuatrocientas libras.

El mismo rival declaró mas tarde indignos de figurar en las colecciones de la corona, la *vision de San Benito*, y la *misa de San Martin*, otras dos maravillas de Le Sueur, que el fastuoso Le Brun jamás pudo igualar.

Semejantes bajezas nos autorizan á creer que Le Brun, sino autor, fué al menos cómplice en las mutilaciones de la *vida de San Bruno*.

No se atreven á contestar, si; pero tampoco se atrevieron á responder, no.

Está probado por lo menos que Le Brun, que gozaba de gran favor en las artes, empleó cuantos medios le fueron posibles para desacreditar el modesto taller de Eustaquio.

Todo cuanto éste pudo conseguir fué el que le encargasen en union de su rival, el adorno del palacio Lambert, en que últimamente la princesa Czartoriska ha restaurado

los restos de sus pinturas, arrinconadas por largo tiempo, en un almacén de camas para la guarnición.

Le Sueur empleó nueve años en aquel vasto trabajo, y retrató las gracias de la mitología pagana, con la misma superioridad que las grandezas de la religión católica.

Le Brun recibió un día en el palacio Lambert, el castigo de su envidia.

Enseñaba las galerías de pinturas al Nuncio del Papa, que era sumamente inteligente en el arte. Le detuvo largo tiempo en el salón de Hércules, que era obra suya, y quiso hacerle pasar rápidamente por los trabajos de Le Sueur. Pero el prelado admirado de las bellezas del cielo raso de Faeton le examinó detenidamente, y exclamó con la mayor naturalidad.

—Sea en buen hora: esta galería merecía ser de un maestro italiano: la de Hércules no es más que una *coglioneria*.

Esta palabra es demasiado dura para traducirse.

Pero el Nuncio la hizo todavía más añadiendo:

—¡Qué lástima que estas dos galerías no sean de la misma mano!

Juicio demasiado severo sin duda, pero que Le Brun tenía muy bien merecido.

VI.

TAL VIDA TAL MUERTE.

El pobre Le Sueur no oyó hasta su lecho mortuario esta profecía de la posteridad. Debilitado ya hacía mucho tiempo por los excesos del trabajo y los pesares de la injusticia, dejó su taller para ir á descansar y consolarse en el convento de los cartujos. Allí murió en 1655 á la edad de treinta y ocho años.

Cuando llegó aquella noticia á oídos de Le Brun, dijo por vía de oración fúnebre.—Hé aquí una grande espina que la muerte me ha arrancado del pie.

Conocía muy bien para el reposo de su conciencia y de su orgullo, la superioridad del talento de Le Sueur.

Sólo se le escapaba esta confesión cuando le parecía que estaba solo, como le sucedió un día que recorría el claustro de la Cartuja.

—¡Dios mío!... decía á cada cuadro, ¡cuán bien pintado se halla estot... ¡qué sublime es!... ¡qué admirable!...

No sabía que el grabador Carlos Simouneau le estaba escuchando escondido detrás de una puerta, y que trasmitía al mundo aquella confesión de la envidia....

¿Podría encontrarse acaso otra alma como la de Le Sueur, pura cual la de los ángeles y santos que pintaba, tierna y agitada como la de Rafael, franca y cándida como las de Montaigne y de La Fontaine, siempre pronta á bendecir á Pousino, su bienhechor y consejero, y á ensalzar á sus rivales, cuando le desacreditaban sin igualarle?

—He hecho, decía, y haré cuanto pueda porque me amen como yo los amo.

¿Es un crimen, añadía al saber sus maldades, el ser estudioso, el querer su arte, y el hacer esfuerzos para llegar á poseerle?

La corona de tantas virtudes aguardaba á aquella hermosa alma en el cielo, y el premio de tantas obras maestras, estaba reservado á su memoria sobre la tierra.

Hace ya largo tiempo que concluyó el debate entre Le Brun y Le Sueur. Los cuadros del uno deslumbran y asombran; los del otro cautivan, hacen amar y pensar. Todo es ficticio y superficial en el primero, todo real y profundo en el segundo. Aquel representa el cuerpo sin el espíritu; éste hace vivir el espíritu en el cuerpo. Le Brun es el pintor de Luis XIV, Le Sueur es el pintor de la humanidad.

Los restos del inmortal artista fueron exhumados y trasladados á San Esteban del Monte, á donde los hombres de 1793, en un día de delirio, corrieron á violar su tumba, y á esparcir sus cenizas con las de Descartes, Pascal y Racine.

El corazón debe protestar contra los padecimientos de la vida de Le Sueur; pero el talento debe reconocer que desarrollaron su genio aislándole. ¿Quién sabe si con las ventajas de la corte, no hubiera perdido ó desnaturalizado ese elevado valor moral que adquirió y conservó en el retiro?...

Ahora viene al caso recordar una palabra de Voltaire.

—¿Cómo habeis podido escribir tanto? le preguntaron.

—No viviendo en París, contestó, y no yendo á él sino de vez en cuando.

VII.

COMO LOS GRANDES ARTISTAS HACEN OBRAS MAESTRAS AUN DESPUES DE SU MUERTE.

No terminaremos este trabajo sobre Eustaquio Le Sueur, sin referir una historia de que ha sido héroe dos siglos después de su muerte; porque esa historia ha acontecido en París últimamente, y podríamos nombrar los personajes, si no temiésemos ofender la modestia de una familia piadosa. Nos permitirán al menos que los dejemos entrever con el velo de las iniciales. M. P. tenía un hijo único cuyas brillantes disposiciones para las artes, llamaban la atención de todo el mundo, aun antes que abandonase los bancos del colegio.

Apenas salió de él, el joven Gustavo P.... declaró que sentía una irresistible vocación á la vida religiosa, y pidió á su padre permiso para entrar de novicio en un convento de cartujos.

Aun cuando M. P... era muy buen cristiano, no pudo ver sin desesperación perdido para el mundo y para sí mismo, al único heredero de su fortuna y de su nombre.

Rechazó su resolución con dulzura, y le manifestó que no la sancionaría hasta pasados dos años en el retiro y la meditación.

Gustavo aceptó aquella justa y saludable prueba, y fué á vivir lejos de París, en una casita de campo en el Franco Condado.

Allí, solo, delante de Dios y de la naturaleza, no tuvo mas compañeros que algunos individuos de su familia, que se sucedían á su lado. Compuso completamente su biblioteca de libros ascéticos, que trataban de los deberes y sacrificios de la vida religiosa.

Por último, no quiso adornar su solitaria morada, mas que con una magnífica colección de grabados, que reproducían la célebre galería de San Bruno, por Eustaquio Le Sueur.

Semejantes cuadros y estudios no eran seguramente los mas á propósito para apartar á Gustavo de su inclinación al convento.

Pasaba la mitad del día en leer y meditar las reglas monásticas, y la otra mitad en copiar al lápiz los severos cuadros de Le Sueur.

Aquella era la única distracción de su vida, y el único tributo que pagaba á sus recuerdos y á su afición al arte.

Un día reproducía al doctor Raymond, canónigo de Nuestra Señora, predicando ante un numeroso concurso, en presencia del joven Bruno, tocado ya de la divina gracia. Acababa sobre todo con predilección la figura del santo, que se ve á la izquierda del cuadro, de pie, con un libro debajo del brazo, la cabeza levantada, y cayéndole los cabellos sobre los hombros.

Otro día era el mismo doctor resucitando entre su fúnebre comitiva, para anunciar su condenación eterna.

Luego San Bruno recogiendo al pie de un crucifijo, al ver semejante prodigio.

Después al fundador de los cartujos invitando á sus discípulos á abandonar el mundo, partiendo con ellos para Grenoble: inspirado por tres ángeles durante su sueño: distribuyendo sus bienes á los pobres: llegando á casa del obispo Hugo, y reconociendo la cartuja á donde le condujo la luz de siete estrellas: tomando el hábito religioso y dándosele á sus hermanos: recibiendo el breve del papa Urbano II su discípulo: yendo á Roma á besarle los pies: fundando un convento de su orden en Calabria: apareciéndose al conde Rogerio en su tienda, y advirtiéndole la traición de Sergio, uno de sus capitanes: en fin, muriendo sobre el lecho de paja y de ceniza, y subiendo á la mansión del eterno descanso.

Estas veinte y dos obras maestras, que forman en el día la honra del Louvre, fueron pasando una á una por el lapicero de Gustavo P...; algunas se multiplicaron bajo sus dedos, copiadas hasta diez y quince veces consecutivas.

Una sobre todo, le cautivó durante muchas semanas, y fué la que representa á San Bruno dando el hábito á los novicios de su orden. Allí hay un padre que ve á su hijo único abandonarle por Dios.... Gustavo retrató veinte veces aquella figura, y veinte veces fué borrado su trabajo por un torrente de lágrimas.

Por último, trascurrieron los dos años de pruebas, y M. P... fué al espirar el término fatal á preguntar á su hijo si persistía en su vocación.

Estaba acompañado de uno de los mas ilustres pintores, que testigo de los primeros trabajos de Gustavo, esperaba arrancarle del convento por su afición al arte, como se había arrebatado á Aquiles del gineceo, con la vista de una espada mezclada con varios adornos.

M. P... y su compañero no encontraron á Gustavo en su casita; dijéronles que recorría los campos ya hacia diez días entregado á ensueños mezclados de llantos y gemidos.

Era el último combate que sufría su alma. ¿Quién triunfaría, el mundo ó el convento? ¿Dios ó su padre?

M. P... entró con el eminente artista en la habitación de Gustavo, y la encontraron llena de libros desparramados y de dibujos esparcidos hasta por el suelo.

El pintor levantó uno de aquellos dibujos, y era justamente la toma de hábito... aquel padre y aquel hijo, que Gustavo tanto había estudiado.

M. P... volvió sus ojos anegados en lágrimas, y el artista prorrumpió en un grito de admiración... aquel bosquejo era una obra maestra. Gustavo al copiar el grabado le había sobrepujado por un esfuerzo de genio, y se había elevado hasta la perfección del cuadro original...

—El mismo Le Sueur, no hubiera hecho una cosa mejor, exclamó nuestro gran pintor, No, no es posible que semejante talento sea perdido para el arte.

—No, no es posible; repitió en aquel mismo instante otra voz ahogada por los sollozos...

Era Gustavo que entraba conmovido, y que cayó en los brazos de su padre, jurándole que jamás le abandonaría.

Entonces refirió que el estudio de las obras maestras de Le Sueur, después de desarrollar en un principio su amor al claustro, había despertado poco á poco su afición al arte: que había llegado á copiarlas como discípulo de pintor, y no como discípulo de San Bruno: que de este modo había conocido que era mas á propósito para los trabajos del taller, que para los ejercicios del convento: y por último, que revelándole aquellas maravillas del pincel, los rigores insuperables de la vida monástica, y los encantos irresistibles de la pintura, le habían llevado de su supuesta vocación religiosa, á su verdadera vocación de artista.

Ínútíl es decir, cuánta fué la alegría del padre, y del hombre ilustre que le acompañaba.

Ambos volvieron triunfantes á París con Gustavo, que después ha presentado en la exposición dos cuadros admirables de asuntos piadosos, y que en el día es una de las mas sólidas esperanzas de la escuela francesa.

Hé aquí como los grandes artistas hacen obras maestras aun después de su muerte.



La toma del hábito, copia del cuadro de Eustaquio Le Sueur.



UNA PARTIDA DE CAZA.



La caza, copia de un cuadro de Buss.

El que quiera celebrar la apertura de la caza, sea cualquiera el día en que se proponga verificarlo, asegúrese primero de que no hay entre los amigos que le acompañan algun dibujante de caricaturas á fin de que no le suceda lo que á lord Felmonth, en compañía del pintor Buss, autor de este excelente cuadro.

Lord Felmonth tenía sesenta años agravados por la gota. Sus ojos confundían un conejo con una liebre, además se creía el primer tirador de Escocia, y convidó al pintor Buss para celebrar la apertura de la caza en sus tierras de Alotshire.

El artista llega con sus amigos y se ponen en marcha al rayar el día.

Nuestro héroe caminaba delante, precedido de sus perros, y seguido de muchos criados que conducían su escopeta, su zurrón y sus provisiones de guerra y boca. Se hubiera creído que se proponía esterminar todo el pelo y toda la pluma de los tres reinos.

Pero no esterminó mas que á sus perros, á sus criados, á sus amigos y á sí propio. Dispuso que le condujesen aquella tarde en un buen carruaje, después de haber cogido á un gazapo que había caído medio muerto á su lado.

—Y bien, preguntó al pintor que entraba, ¿qué trae usted en su zurrón?

—Nada mas que esto, respondió Buss mostrando el cró-

quis de su cuadro; yo he cazado este animal de un golpe de lápiz, en tanto que vd. triunfaba de su conejo.

Lord Felmonth reconoció en aquel satírico dibujo á sus perros, á su criado y á su propia persona, todo ello tan extraordinariamente ejecutado que no pudo menos de reir.

—A fémia que es una obra maestra lo que vd. me enseña esclamó el cazador, quien por otra parte era un hombre de talento.

Compró de antemano el cuadro de Buss; echó á la espalda su escopeta, y no volvió á convidar al artista á ninguna partida de caza.

¡Qué los cazadores que tengan sus mismas facultades, miren bien nuestro grabado y sigan su prudente ejemplo!

GLORIAS DE ESPAÑA.

DON ALFONSO EL MAGNO.

I.

No fué á la cortesana adulación, sino á su valor y merecimientos, á lo que debió el rey don Alonso III ese sobrenombre de *Magno* con que le designa la historia. A los catorce años de su edad fué cuando subió al trono por muerte

de su padre don Ordoño, y ya en tan temprana edad comenzó á distinguirse por el acierto en el gobierno y la prosperidad en las armas. Creyeron los infieles que con príncipe tan jóven les sería fácil apoderarse de los codiciados dominios del reino de Leon y llegaron á poner sitio á la misma capital, pero don Alonso, intrépido y belicoso en tan tierna edad, salió al encuentro de los enemigos y ciñó por primera vez los laureles de la victoria, haciéndoles levantar el sitio y persiguiéndolos hasta que repasaron la frontera. Mas adelante ya no fueron los árabes los acometedores, sino el mismo don Alonso el que entró por el reino de Córdoba, y hubiera llegado tal vez á la opulenta corte de los califas de Occidente, sino hubiera tenido que acudir á escarmentar á los infieles de Toledo, que osaron penetrar hasta Orbigo donde hallaron su completa ruina, siendo igualmente derrotados los árabes de Córdoba que intentaron vengar la afrenta y acudir al socorro de sus hermanos de Toledo. En las campañas de los años posteriores, ganó otras batallas y dilató los límites de sus reinos hasta Coimbra por una parte y hasta Segovia por la otra. Hasta en el mar obtuvo victorias contra los normandos y fundó una fortaleza en la Peña de Gozon para defensa de la costa y terror de los piratas.

A la fama de sus victorias agregó la de haber llevado á cabo algunas obras de grande importancia en aquella época; tales son las de haber cercado de murallas á Oviedo, y haber levantado palacios, fortalezas, iglesias y monasterios, entre ellos el de Sahagun, aunque otros autores dicen se limitó á restaurarle y ampliarle, y el de San Adrian y Santa Natalia en el valle de Tuñon en Asturias; edificio al que dotó profusamente, conforme acostumbraba á ejecutarlo en otras casas religiosas, habiendo memoria de las cruces que regaló á las iglesias de Oviedo y de Santiago, alhajas notables, si no por su mérito artístico, por su materia, pues eran de oro macizo incrustadas de piedras preciosas.

Tantas dádivas y fundaciones y sobre todo los enormes gastos de las continuas guerras no pudieron sostenerse sin aumentar el gravámen de los vasallos con nuevos tributos y exacciones y de aquí, si no el motivo, á lo menos el pretexto, para los primeros asomos de disgusto contra el rey. Los hermanos de éste, fueron los primeros que contra él se declararon y aunque al instante fueron vencidos y presos, aunque sin tardanza se les aplicó el castigo mas cruel que la usanza de los tiempos permitia, todo ello mas que para atajar el mal, sirvió para darle mayor cuerpo: el rey tuvo el disgusto de que á la cabeza de los descontentos se pusiese su mismo hijo primogénito don García, y sin que segun consta por la historia, la reina doña Jimena fuese estraña á las maquinaciones que se tramaban para destronar á su esposo, que á tanto alcanzaban los deseos de los sublevados. Terrible desgracia para un monarca tan victorioso y que tanto se hizo temer, el no haber poseído el secreto de hacerse amar de su familia.

II.

Era don García un príncipe jóven, valiente, lleno de energia y ufano en extremo con el mando que se le habia confiado sobre una parte de las tropas y con el ascendiente que habia sabido cobrar sobre ellas. Desde que adquirió reputacion de valiente capitán, ya osó aspirar á mas, y tantas veces le dijeron que era digno de la corona, que ya no

trató mas que de ponérsela. El rey su padre intentó reprimir las ambiciosas pretensiones del príncipe, reduciéndole á prision; pero esta medida solo sirvió para encender mas el fuego, y muchas villas y lugares del reino de Leon, se fortificaron y declararon por el infante. Don Nuño Fernandez de Amaya, conde de Castilla, con cuya hija estaba casado don García, no solo estaba interesado en las miras de éste, sino que tenia ademas un estímulo para favorecerle, en el resentimiento que abrigaba contra el rey don Alonso. Si este monarca hubiera de seguir sus belicosos instintos, pronto la contienda se hubiera decidido; pero á don Alonso le aterraba el verse acometido por los mismos individuos de su familia, y retrocedia ante el espectáculo de una desastrosa guerra civil. Deseoso de hallar todavia algun medio de conciliacion, hizo llamar á su hijo, y así que le tuvo en su presencia, empezó por esponerle con franqueza todo cuanto de él sabia y sospechaba, y grande fué su sorpresa, cuando don García, lejos de negar los hechos ó de hallar para ellos disculpa, se confesó poco menos que el autor de todo cuanto se maquinaba.

—Y es un hijo, exclamó el rey, es mi propio hijo el que me habla en estos términos!

—Yo soy siempre, contestaba don García, vuestro hijo reconocido, y no he olvidado que me habeis hecho subir esas gradas del trono, de las que ya no puedo bajar. Ya es tiempo de que sepais la verdad, y que todos desean descanseis de las fatigas del gobierno.

—Príncipe, semejantes palabras son bien estrañas en vuestra boca. ¡Así un hijo viene á decir á su padre que abandone la corona que él desea ceñirse!

—No soy yo quien os lo dice: es el ejército, es la nobleza, los vasallos todos los que piden una cabeza mas jóven y una mano mas firme para dirigir las riendas del Estado.

Escuchó el rey estas palabras que arrancó á don García la violencia de su carácter, sin que el efecto que en él producian se trasluciese mas que por la mortal palidez de su semblante: conteniéndose todo lo posible, preguntó á su hijo:

—¿Habeis venido para ultrajarme?

—¡Yo ultrajaros! Lejos de mí tal idea: vengo á suplicaros en nombre de....

—Callad: hasta ahora todavia soy rey aqui: salid y esperad mi respuesta en vuestra prision.

Salió don García; pero no para dirigirse á donde su padre le mandaba, sino para incorporarse á sus parciales que le esperaban impacientes por saber el resultado de la conferencia. Sea estrañeza del mandato régio, sea por respeto al príncipe, nadie entre los guardias y servidores de palacio se atrevió á detenerle, y don García pudo llegar hasta los suyos á quienes con una sola palabra hizo entender lo que se podia esperar de aquella conferencia, gritando con voz enérgica:

—¡A las armas!

III.

Desde el fatal resultado de la entrevista entre el padre y el hijo, la caída de uno de los dos era inevitable. El partido de don García, cobrando nuevos bríos con la adhesion de don Ordoño, hijo segundo de don Alonso, el que tambien salió á la defensa de su hermano, y robustecido con

los auxilios de don Nuño Fernandez de Amaya, puso al reino en un verdadero conflicto del que solo pudo liberarse por la magnanimidad de don Alonso. No sentía éste á la verdad la pérdida de la corona: no hay rosa por bella que sea que no tenga sus punzantes espinas y así tambien no hay estado por brillante que sea que este exento de inquietudes y peligros. Los disgustos y tribulaciones que don Alonso habia sufrido desde los principios de su reinado, eran mas que suficientes para disgustarle del poder; pero sentía tan solo que la renuncia que de él hiciese, tuviera á los ojos de sus vasallos todos los visos de temor ó de flaqueza. No pudiendo prescindir de esta consideracion, hizo un grande alarde de sus fuerzas, aprestó las tropas, acopió armas y recursos y cuando la magnitud de los preparativos fué tal que pudiera parecer suficiente, sino para hacerle triunfar, para hacer por lo menos indecisa la victoria, entonces juzgó que era mas glorioso y heroico para él vencerse á sí mismo, que no á su hijo don Garcia y á los demas rebeldes individuos de la familia. Por eso con asombro de todos hizo solemne abdicacion de la corona en el año de 910 á los cincuenta y ocho años de reinado, pues don Alonso habia subido muy jóven al trono, á los catorce años de su edad en el año de 882, por muerte de su padre don Ordoño. Entró entonces el principe don Garcia en posesion de aquella corona que con tanta ánsia habia solicitado, la que á los tres años habia de perder juntamente con la vida, cual si el cielo quisiera castigar en él visiblemente el delito de haber tomado las armas contra su padre. A don Ordoño el hermano segundo, cúpole en suerte el reino de Galicia, y tanto á Ordoño, como á Fruela, el hermano tercero, que al fin á su vez llegó á ceñirse la corona, tambien parece que les alcanzó el mismo castigo del cielo, pues disfrutaron reinados cortos y llenos de desdichas.

Por lo que hace al rey don Alonso, tan magnánimo fué en el momento de su caída como en la época de sus mas brillantes y gloriosos triunfos. Presentóse en la asamblea de todas las personas notables del reino que habia mandado reunir en la ciudad de Leon: abatido estaba; pero todavia su voz y sus miradas eran las de un rey.

—Mientras que he creído, les dijo, ser útil á la patria con mi esperiencia, he soportado con valor las fatigas y sinsabores del trono. Mas ya estoy convencido de que mi presencia no es provechosa: para evitar, pues, mayores males, cedo voluntariamente el soberano poder á los que tengan la fuerza necesaria para llenar sus deberes.

Al día siguiente salia una pequeña escolta fuera de los muros de Leon. Al ir á perder de vista á la célebre ciudad, los ginetes hicieron alto, y don Alonso, volviendo las riendas del caballo, dirigió hácia las murallas una melancólica mirada. Oyóse entonces el sonido de las trompetas, y tambien llega confusamente el ruido de las aclamaciones con que el pueblo saluda el advenimiento al trono del principe don Garcia. Don Alonso cree por un momento que le va á faltar su resolucion, y volviendo bruscamente las riendas del caballo, dice con voz resuelta al gefe de la escolta:

—¡A Zamora!

IV.

Era Zamora una ciudad á la cual el rey don Alonso tenia especial predileccion por haberla restaurado, levantando

do sus arruinadas murallas, y empleando en engrandecerla una gran parte del fruto de sus conquistas. Retirado en su alcázar, iba acostumbrándose ya á una vida tranquila, y dejaba de buena gana á sus hijos todos los cuidados del gobierno, que se alegraba haber alejado de sí. Pero si no echaba de menos la pompa y esplendores de la corte, hallábase muy mal avenido con la ociosidad, y su ánimo marcial ansiaba el ejercicio, la fatiga y las agitaciones del campo de batalla. Poco vivió en aquel retiro; pero antes de morir, todavia pudo dar una prueba de cuál era el temple de su ánimo esforzado. Llegó á su noticia que los sarracenos amenazan de nuevo las fronteras del reino, y que su hijo tiene fundados motivos para temer de la invasion. Cuando el enemigo amenaza al reino, el puesto del rey es en la frontera: por eso don Alfonso sobreponiendo á sus sentimientos un vivo interés de patriotismo y para dar á conocer que así como la prosperidad no le habia ensoberbecido, tampoco las desgracias habian abatido su corazon, pide la gracia de salir á campaña para contribuir á la defensa de su patria y reparar el honor de sus armas.

Pudiera creerse que en esta pretension del ex-monarca se abrigaba algun deseo de recobrar la corona y satisfacer proyectos de venganza así que se viese al frente de las armas; pero todos hicieron justicia al noble carácter de don Alonso, y su mismo hijo don Garcia, á pesar de los recelos que pudieran inspirarle, no quiso negar á su padre aquel favor que le pedia y mas cuando se limitaba á pelear bajo sus órdenes. Volvió don Alonso á tomar las armas y volvió á coronar con otro triunfo las treinta campañas que ya habia hecho contra los infieles, y despues de haber entrado por sus tierras, desmantelando las poblaciones y talando la campiña, volvió á su retiro de Zamora en medio de las aclamaciones y de los testimonios de gratitud de los pueblos.

La grandeza de alma que don Alonso manifestó en este último acto de su vida pública, basta para justificar ese titulo de *Magno* con que le designa la posteridad, por sus victorias, las rebeliones que apaciguó, los monumentos que erigió, el amparo que concedió á la iglesia, y sobre todo por su virtud y su clemencia, de estas virtudes estaba bien convencido su hijo, y si heroico se manifestó al confiar en su padre hasta devolverle el mando de las tropas, mas heroico se ostentó su padre, acudiendo á sostener aun á costa de su sangre, el poder del hijo que le habia destronado.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

SIMON EL VETERANO.

NOVELA DE COSTUMBRES.

Vulgare amici nemem, sed rara est fides.
(Pedro, Fáb. IX.)

INTRODUCCION.

Muy vulgar es el nombre de amigo; pero rara la fidelidad. Esto lo dijo Pedro, y hasta cierto punto es preciso que convengamos en que no carecia de razon; ademas la sentencia del antiguo fabulista nos prueba, que allá en sus tiempos, se experimentaban las mismas ingratitudes, y que

el espíritu egoísta que tanto vituperamos en nuestro siglo, no dejaba de aparecer también en aquellas remotas épocas de heroísmo, despreocupación y filosofía. No es nuestro intento probar que la amistad es una quimera: todo lo contrario, somos de parecer que existe, aunque no es la virtud más generalizada. Lo difícil es hallar dos personas que la ejerzan mutuamente en el mismo grado, pues puede muy bien un hombre apreciar á otro con todo su corazón, y no encontrar en éste la merecida correspondencia, y á veces hallar en pago la ingratitud cuando menos la esperaba: desengaños son estos que traspasan un alma verdaderamente sensible; pero es preciso consolarnos y decir con Pedro: *Vulgare amici nomen, sed rara est fides.*

I.

INTERIOR DOMESTICO.

Era una hermosa mañana de abril; una de esas mañanas en la que no enturbia el sol ni la mas lijera nubecilla, y convida á los mortales á gozar de su benéfica influencia. Simon, hombre que ya se acercaba á los sesenta años, antiguo militar de la guerra de la Independencia, y que despues de veinte y tres años de servicio, de haber sufrido infinitas privaciones y padecimientos, habia lucido con orgullo los galones de cabo primero, se despertó al ser de día, se sentó en la cama, estiró piernas y brazos, abrió la boca, se persignó, y dió un salto al suelo para vestirse, con la misma presteza que lo hacia en su juventud cuando escuchaba el toque de diana. Se lavó en seguida con agua fria, cepilló su ropa de paisano, que consistia en botines, pantalon, chaleco, y casaca de paño, y se la puso al mismo tiempo que su gorra de cuartel, que jamás abandonaba, prefiriéndola al sombrero. Luego levantó los colchones, sacudió toda la ropa de la cama, y abrió las puertas de una ventana que daba vistas á un magnífico jardin, para que su habitacion se ventilara. El veterano no habia olvidado aun los preceptos que impone la higiene militar. Se acarició despues su largo y blanco bigote, abrió la puerta del cuarto, y salió por los corredores de la casa del marqués de Mérida, tosiendo y frotándose las manos.

—¿Qué es esto? decia, son las cinco de la mañana y aun están durmiendo estos gandules. ¡Mala vara de cabo loco para ellos! ¡Holgazanes!

Y hablando así se dirigió á varias habitaciones de la casa, comenzó á dar golpes en algunas puertas, y de este modo fueron despertando la cocinera, el ayuda de cámara y los demas criados del marqués. Desde aquel instante el departamento de la servidumbre empezó á tener movimiento, porque Simon con sus costumbres militares hacia que todos marchasen al compás de la ordenanza. Sin embargo, la rigidez de Simon no podia impedir los diálogos que en tales casas y á tales horas se suceden. La cocinera ponía el grito en el cielo, reconviniendo al mozo de la compra porque le habian dado la carne la mitad hueso y la otra mitad piltrafa; porque habia traído los garbanzos de á doce y no de catorce, y porque la merluza no estaba fresca. La doncella entraba corriendo en la cocina, diciendo á la cocinera:

—Bernarda; la señorita quiere levantarse hoy temprano; que tenga vd. prevenido el chocolate, y que no se le corte á vd. la leche como ayer.

—¡Miren la zalamera! contestaba entredientes la vizcaína, en tanto que manejaba el fuelle; despues proseguia en voz alta:

—No se cortará, descuide vd....., ayer fué por lo que fué..... en fin, mas vale callar, porque si doy suelta á la lengua....

—¡Orden! ¡orden! gritaba Simon.

Y todo el mundo cerraba el pico. Poco despues que la doncella desaparecia murmurando, gritaba de nuevo la cocinera:

—¡Ramon, Ramon! el fregadero está lleno de loza, que es muy tarde, que la señorita va á levantarse temprano.

Y Ramon venia gruñendo al fregadero.

—El cuentu es, decia, coi vinu de la tierra un paisanu ca caidu quintu....

—¿A qué regimiento le agregan? interrumpia el veterano, que al hablarse de milicia perdía, como suele decirse, la chabeta y ya no pensaba en nada.

El asturiano contestaba y el diálogo proseguia largo rato hasta que un nuevo incidente venia á turbarle.

La mañana de abril á que nos referimos, á eso de las nueve se hallaba Simon en el recibimiento de la casa, pagando á unos hombres algunas fanegas de cebada que se habian comprado el día anterior para las caballerías del marqués, y oyendo de pronto el ruido de un tambor por los corredores, aceleró el pago, evitando preguntas y respuestas y acudió donde sonaba el ruido.

—Buenos días, Luisito, dijo el veterano sonriendo de gozo á un niño de unos ocho años de edad, blanco, de facciones bonitas y delicadas, rubio, vestido á la escocesa, pero llevando un morrion de carton pintado, mochila, sable, fusil y tambor. ¡Qué absurdo cometes, prosiguió el veterano dándole un beso! ¿dónde has visto, hijo mio, que los militares lleven puestas á un mismo tiempo tantas insignias contradictorias; suelta el fusil y el sable de oficial y serás un verdadero tambor.

La rigidez de Simon no podia tolerar este desórden ni aun en los juegos de la niñez. Luis sin curarse de las justísimas reflexiones del viejo militar, siguió batiendo su marcha hasta llegar á un gabinete donde Simon exclamó:

—Luis, Luis; no prosigas que vas á despertar á tu mamá.

—Ya lo estoy, amigo mio.

Este acento dulce y cariñoso era el de la marquesa que salió al mismo tiempo en *neglige*, algo despeinada, y dejando ver en su linda cara de veinte y seis años aquella delicada palidez que imprime la tristeza en las personas dotadas de una esquisita sensibilidad. Luis se despojó al momento de sus atavíos militares y comenzó á empinarse delante de su mamá diciendo:

—Un besito, un besito, mamá mia.

La marquesa se inclinó y selló un profundo y cariñoso beso en la sonrosada megilla del precioso rapaz, quien despues de haber correspondido con otro ósculo semejante cogió su armamento y su tambor y se fué de allí batiendo marcha con la boca y las baquetas como si el pellejo del tambor no fuera suficiente á alborotar la casa. El veterano clavó sus ojos sobre el semblante de la marquesa como queriendo descubrir los pesares que revelaba.

—Muy temprano se ha levantado vd., señorita, dijo Simon.

—¿Lo estrañas?... mas has madrugado tú.

—Por Dios, señora marquesa.... ¿Quiere vd. comparar su delicada constitucion con la mia? Vd. tan acostumbrada al regalo, al descanso, yo desde mi juventud saltando por montes y breñas, comiendo pan negro, el día que lo había, cargado con el fusil y la mochila, durmiendo á la intemperie, y si estaba de paz levantándome á las cuatro de la mañana.... ¡Qué tiempos, válgame Dios! ¡Qué alegre es la vida del soldado! El día que entraba en accion, no me caía el corazon en el pecho.... ¡pif, paf, pif, pun, tun!.... ¡á ellos que son pocos y cobardes!....

—¡Por Dios, hombre! interrumpió la marquesa sonriendo; te exaltas de manera que....

—¿Me exalto, no es verdad? si yo gozo en lo pasado como si estuviera en presente.... ¡Oh! dispénseme vd. señorita. Es lo único que en premio de mis servicios me ha dado la patria.... el entusiasmo y los recuerdos....

La marquesa se sentó, y mientras el viejo militar proseguía explicando muy por menudo los azares de la vida del militar, aquella sin escucharle, repasaba un billete que contenía algunas líneas y despues le meditaba con tristeza y suspiraba. Simon, á pesar de su narracion circunstanciada, llegó á conocer que su señora padecía, y no pudo menos que decir:

—Señorita; de seguro me mezclo en asuntos que no son de mi incumbencia; soy demasiado aquel... es decir, su graduacion de vd. es mas grande que la mia.... pero yo, francamente y sin rodeos, la quiero mucho, para no interesarme en sus penas. Si vd. gusta trasmitírmelas y ve que puedo remediarlas, aquí estoy para marchar siempre en vanguardia y á paso de ataque....

—Tu pregunta, lejos de incomodarme la agradezco, pues veo en ella tus hermosos sentimientos, y tus buenos deseos; pero ¡ay! tú no puedes aliviar mis penas.

—¿Quién sabe?... Aunque viejo todavía puedo alguna cosa; todavía puedo levantar un fusil á pulso y en línea horizontal con la mano izquierda.

—Pero tus fuerzas físicas no son bastantes á sujetar el torrente de mis padecimientos morales.

—¡Qué torrente, ni que ocho cuartos! aquí donde vd. me ve, soy hombre.... dígame vd. lo que la aflige....

—¿Sabes quién vuelve á casa, Simon?

—¿Quién señorita?... ¿don Ruperto? ¿El coronel retirado que me conoció en Pamplona, y que cayó conmigo prisionero en Ocaña?... Me gusta ese caballero.

—No, Simon; no es esa la persona que aguardamos.

—Pues entonces ¿quién viene? ya rabio por saberlo.

—Don Emilio....

—¿Cómo! ¿aquel mocito de marras? En una palabra, ¿el jugador?

—Ciertó; el que ha proyectado destruir mi casa, y creo que lo conseguirá.

—Luego el repentino viage de su esposo de vd....

—Ha sido para esperarle; para recibirle en el camino. Mira la carta que me dejó escrita poco antes de partir.

«Salgo á esperar á mi amigo Emilio; mi casa le servirá de hospedage; te lo advierto para que tengas presente que es necesario no reproducir las antiguas disensiones que ocasionó la preferente amistad que este buen compañero me consagra.»

—Pero, señor, interrumpió Simon pasándose la mano por la frente, ¿es posible que así le tenga fascinado ese bribon?

¡Oh! pues esta vez, juro á Santa Bárbara, que no he de mostrarme indiferente. Yo le formaré en secreto un consejo de guerra, y le haré salir mas listo que bala de fusil.

—Mira lo que haces, respondió la marquesa; no te espongas á las reconvenciones del marqués: cuantos consejos le ha dado su esposa han sido infructuosos.

En este momento se oyó la rotacion de un coche que entraba en el patio de la casa; la marquesa dió un grito y exclamó:

—Ya están ahí; me retiro á mi tocador.

Y levantándose del sillón, salió corriendo, mientras que el veterano despues de haberla contemplado con ojos compasivos, suspiró, se puso su gorra de cuartel, y salió tambien del gabinete diciendo:

—¡Pobre señora!... Pero yo formaré mi plan de campaña, y luego que tenga meditadas las entradas y salidas, romperemos las hostilidades, y veremos por quien se declara la victoria.

II.

¡POBRE SIMON!

En la sala principal acaban de entrar don Emilio, don Carlos y el marqués. El primero es un jóven de unos veinte y nueve á treinta años, y con todas las cualidades físicas que constituyen lo que hoy llamamos una *arrogante figura*. Don Carlos, su amigo, desmerece á su lado, pero considerado aisladamente, puede ocupar un puesto distinguido entre nuestros modernos elegantes; el marqués tambien es bien parecido, mas jóven que los otros dos, de maneras sencillas, fácil y ameno en su trato, y que al punto revela la ingenuidad de su corazon.

—Siéntate Emilio, dijo el marqués, y vd. tambien, caballero, prosiguió dirigiéndose á don Carlos. ¿Será necesario prevenir almuerzo?

—Calla, por Dios; contestó don Emilio; despues de habernos desayunado dos leguas de aquí ¿quieres?... Lo que si desearia cuanto antes, es mudar de ropa; aun traigo puesta la de camino.

—¡Simon, Simon! gritó el marqués tirando del cordon de la campanilla

El veterano apareció con su gorra en la mano.

—Presente, dijo.

—¿Has mandado por el equipage de este caballero?

—Ya he mandado que vayan á recoger la maleta conforme lo dispusistes.

Quando don Carlos oyó que el veterano tuteaba al marqués, volvió la cara y miró á Simon con cierta estrañeza. El viejo militar dió una media vuelta y se fué, y en seguida dijo Emilio al marqués habiendo conocido la sorpresa de su camarada:

—No sé, chico, como puedes tolerar la familiaridad con que te trata ese criado.

—Tiene disculpa, Emilio, respondió el marqués; ha sido el mejor compañero de mi niñez; mi padre le queria con extremo por su fidelidad, por sus leales sentimientos, á él debo no estar actualmente mendigando, y durante la persecucion que esperimentó mi padre y la ruina de nuestra casa, nunca me faltó un pedazo de pan, que ese buen soldado compartia conmigo....

—Sin embargo, interrumpió Emilio, el agradecimiento no impide que exijas mas respeto á tu clase; la sociedad puede reconvenirte al ver esa familiaridad que rechaza el buen tono y especialmente tu categoría de marqués.

—Hasta cierto punto, respondió el marqués, me convenes: descuida, pondré remedio.... Pero es tarde y la marquesa no viene; voy con permiso de este caballero, á darle parte de tu llegada, de lo que se alegrará infinito.

Mientras el marqués está ausente de la sala, escuchemos el diálogo de Emilio y Carlos, que bastará á dar á conocer las intenciones de tales personajes.

—Recibí tu carta, dijo Carlos; salí á esperarte para que me dieras esplicaciones; pero se anticipó el marqués y nada has podido decirme.

—Te decía en mi carta que era preciso arruinar á un individuo.

—Bien, ¿y quién es ese individuo?

—El marqués de Mérida, el que acaba de saludarnos para avisar á su esposa de nuestra llegada. Es un simplon, un botarate, muy amigo de imitar lo que vé; cuando juega se apasiona mucho y es capaz de jugar hasta la camisa.

—Bien, respondió Carlos; ya sabes que mis barajas hablan solas.

—Falta saber, dijo Emilio, dónde le llevamos.

—Mañana en la noche, hay un gran concierto en casa de don Augusto Rues, en celebracion de la gran cruz de Carlos III que le han dado, no sé por qué méritos; tengo esquelas, y soy yo quien tallo.

—Dame esquelas.

—Toma.

Y sacó de una cartera unas cuantas papeletas de convite que entregó á su compañero. Habiendo oido pisadas, se hicieron una señal de inteligencia como pidiendo disimulo; se levantaron de sus sillones y se pusieron á mirar un cuadro de cuerpo entero que representaba un general en uniforme de gala y ostentando muchas cruces y condecoraciones. Entró el marqués de puntillas y riéndose, y al llegar á donde estaban sus amigos dijo:

—Muy silenciosos están vds.

—Me has asustado, chico, contestó Emilio.

—Y á mi tambien, añadió Carlos; no le esperábamos á vd. tan pronto.

—Vine de puntillas, dijo el marqués, con intenciones de sorprender el juicio que vds. hacian del retrato de mi padre.

—¿Está parecido? preguntó Emilio.

—Exacto; no cabe mas semejanza.

—Pues entonces es un buen cuadro, porque de los retratos se exige mas parecido que otra cosa.

A este tiempo se abrieron las puertas del gabinete, y salió la marquesa peinada con elegancia, y ciñendo un traje modesto, pero de un género raro y distinguido. A través de la sonrisa que aparentaba su lindo semblante, se percibía cierto signo de disgusto y embarazo que se esforzaba en encubrir; pero solo lo conseguia para las personas que ignoraban los antecedentes que originaban sus sufrimientos.

—¡Oh! qué sorpresa tan agradable, exclamó Emilio inclinándose y dando á su fisonomía un carácter de afabilidad estremada, que se hallaba muy distante de lo que interiormente sentía.

La marquesa saludó lijera á Emilio y á Carlos y se sentó en un sillón: los presentes la rodearon; don Carlos guardaba silencio ó hablaba con el marqués; pero Emilio no cesaba de dirigirla las frases mas galantes y lisonjeras. Al cabo de un rato se levantó don Carlos y muy cortesmente se despidió dando por excusa sus infinitas ocupaciones. El marqués le dió la mano, le ofreció su casa y le fué acompañando hasta la puerta de la sala, durante lo cual la marquesa tenia los ojos fijos en la alfombra, y Emilio la miraba con una sonrisa irónica y malvada. Entró el marqués, y dirigiéndose á Emilio le dijo:

—¡Cuánto me gusta ese jóven! Mucho ha simpatizado conmigo; creo que debe ser muy caballero.

—Ya le conocerás cuando le trates, respondió Emilio; es un bello sugeto; al instante se gana el afecto de cuantos le tratan.

—Lo creo, si, lo creo, contestó cándidamente el marqués.

Entró un ayuda de cámara y puso una tarjeta en manos de éste, quien despues de haberla mirado exclamó:

—¡Qué desgracia! cuando mas deseo consagrarme á mi amigo, vienen importunos. Que pase á mi despacho, prosiguió dirigiéndose al criado, que se fué al momento. Perdona, Emilio, pronto vuelvo, voy á ver lo que me quiere este sugeto: despues daré orden para que digan á cuantos vengan que no recibo; quiero dedicarme á tí enteramente.

—Tiempo nos queda, respondió Emilio, cumple con tus deberes, que tu amigo lo es bastante para dispensarte.

—Mientras tanto admite la sociedad de mi muger, que diariamente ha manifestado deseos de verte.

—¿Tanto favor, Dios mio?

Emilio no lo creyó; pero era necesario hacer este cumplido. El marqués se ausentó, y Emilio y la marquesa quedaron solos. El primero permaneció gran rato silencioso, pero sonriendo y marcando con la punta de un bastoncillo de ballena que tenia en la mano los dibujos de la alfombra, en tanto que la marquesa, por mas que quisiera disimular, daba evidentes señales de su situacion embarazosa, viéndose precisada á conversar con un hombre que aborrecia.

—¿Qué silenciosa está vd., señora marquesa? dijo Emilio con intencion.

—Ciertó; estoy silenciosa.

—¿La aflige alguna cosa? Advierto en vd. cierta desazon...

—Desazon.... no por mi vida.

—Siempre que me ve vd. muda de color; se afecta....

—Don Emilio, interrumpió la marquesa, ya que vd. comprende mi situacion, fuerza será revelarlo todo. La presencia de vd. en mi casa es muy dañosa: vd. está abusando de la lealtad de mi marido, de su poca esperiencia: su carácter amable y franco cambia en el momento que se pone en contacto con vd.

—Felicito mucho la noticia; ya sé que se cumplen mis deseos....

—¡Cómo! ¡caballero! exclamó la marquesa con dignidad, ¿es posible que con tal descaro me conteste vd. semejante cosa? ¿Es esa la disculpa que debe dar un caballero?

—Marquesa, respondió Emilio echándose de espaldas en el sillón y jugueteando con la cadena de su reloj; he jurado vengarme de vd. y no descanso hasta conseguirlo de una manera satisfactoria para mí.

—¿Y quién infunde en vd. ese espíritu de venganza, don Emilio?

—¿Y vd. no lo adivina? preguntó Emilio incorporándose y con ansiedad; ¿vd. no lo adivina? Su corazón de vd. ¿no fué mio antes que del marqués? ¿No me dió vd. palabra de ser mi esposa? ¿No partí á Francia, y mientras mi ausencia dejó vd. burladas mis esperanzas casándose con mi amigo?... Lo comprendo todo; la alucinó el marquesado, se quiso vd. titular.

—Escuche vd., caballero, interrumpió la marquesa; si vd. tiene memoria, recuerde la última carta que le escribí despidiéndome de vd., esa carta justifica mi proceder; cuando vd. tuvo la caprichosa humorada, (pues no merece otro nombre) de solicitar mi mano, accedí á su pretension porque le creí adornado de las buenas dotes que aparentaba; pero desgraciadamente, durante su ausencia en Francia, he sabido su biografía, que en verdad es amena y entretenida, tiene episodios dignos de figurar en la *vida de Guzman de Alfarache*; presta argumento para una linda novela; pero el protagonista de ella, que sería vd., no podría menos que atraerse el odio del lector. En fin, don Emilio, creí que iba á casarme con un hombre de bien, y no con un jugador de profesion, con un estafador, con el usurpador de las riquezas de una infeliz á quien no hace muchos días di una limosna, de una desgraciada, jóven burlada, maltratada....

—Basta; marquesa, basta, interrumpió Emilio rojo de vergüenza y soberbia; no estoy en el caso de dar esplicaciones para vindicarme; pero si en el de llevar mi venganza hasta el extremo.... No me vengaria, si la última vez que vine á su casa hubiese vd. accedido á mis deseos....

—¡Imprudente! ¡mal caballero! exclamó la marquesa encolerizada y puesta de pie.

—Sosiego, marquesita, dijo con calma Emilio; no hay por qué sofocarse; conozco hasta donde raya la fidelidad que guarda vd. á su esposo.... pero.... ¡Bandera negra! guerra á muerte!.... veremos de quién es la victoria.

La marquesa se sentó y dijo:

—Yo sabré decir á mi esposo de todo lo que es vd. capaz; si hasta aqui he sido prudente, ya me cansé de serlo; haré conocer al marqués sus depravados intentos, su pretension....

—Ja, ja, ja, interrumpió Emilio lanzando una estrepitosa carcajada.... Lo repito; bandera negra, y veremos de quién es la victoria. Tengo en mi poder, señora, un temible baluarte, que pone á cubierto de todos sus ataques. Conservo en mi poder una carta sin fecha que vd. me escribió en cierto tiempo, que aunque nada dice, la puedo yo interpretar del modo que mejor cuadre; si vd. dice algo á su marido, le enseño el papel, y le aseguro, que aun cuando no será muy difícil que yo pierda la amistad del marqués, la carta enciende la guerra en esta casa, y vd. vivirá toda su vida mártir y desgraciada.

La marquesa abrió los ojos como una demente, miró á Emilio, quiso responder, pero no pudo por la agitacion que en aquel instante experimentaba, y rompió en un profundo y copioso llanto. A este tiempo entró Luisito, montado en un palo y con un sable de hojadelata en la mano, y viendo llorar á su mamá, arrojó al suelo su caballo y su sable y se lanzó al cuello de la marquesa.

—¿Qué tienes, mamá mia? ¿Por qué lloras? preguntaba el niño tristemente queriéndola consolar.

—Nada, hijo mio, nada, contestó la marquesa reprimiéndose, enjugando sus ojos y besando á su hijo.

—Es una mala noticia que ha recibido, dijo Emilio queriendo acariciar á Luis.

—¡Luis! se oyó gritar á Simon en la parte de afuera.

Y entró poco despues en la sala diciendo:

—Vamos Luis; vámonos, al Retiro á echar pan á los patos, y á ver el ejercicio de la tropa, que hace un sol propiamente de primavera....

Diciendo esto, clavó de pronto su vista en la marquesa; observó detenidamente la situacion en que se hallaba, su turbacion, la del niño, el silencio de don Emilio, y fácilmente dedujo que la marquesa habia derramado lágrimas, y que don Emilio era la causa.

—Señorita, exclamó; vd. ha llorado; no hay que negar, voto va sanes; tengo mas olfato que un podenco.

—No es nada, Simon, no es nada, respondió turbada la marquesa.

—Luisito, dijo de pronto el veterano; ve y di á la doncella que te vista para salir de paseo.

El niño se ausentó, que era lo que Simon deseaba, y añadió:

—Señora marquesa, sus lágrimas de vd. traspasan mi alma, y si hay en el mundo un bribon que se las haga verter, mas fijo que hubo un sitio en Zaragoza, soy capaz....

—Imprudente! exclamó don Emilio poniéndose de pie; ¿quién eres, miserable, para mezclarte en asuntos que no son de tu incumbencia?... Sal al punto de este recinto

—¿Quién lo manda?

—¡Simon, por la Virgen! exclamó la marquesa interponiéndose agitada y llena de sobresalto, viendo la actitud amenazante de los dos interlocutores.

—Ese hombre es un pícaro, y quiero tirarle por la escalera.

—¡Insolente! gritó don Emilio; ¿cómo te atreves?...

—Váyase vd. de esta casa corriendo, don Emilio; mire vd. que cierro la mano y le hundo el cráneo de un puñetazo.

La marquesa sintió los pasos de su marido, y aproximándose de pronto á Simon, le dijo precipitada y á media voz:

—No digas que me has visto llorar, por Dios; no te justifiques; me pierdes si delatas....

—¿Cómo?...

—Silencio, silencio, Simon, que abres un abismo á mis pies.

El marqués entró vestido con una elegante bata y un gorro de terciopelo encarnado.

—¿Qué es esto?... preguntó. Todos de pie.... gritos.... quisiera esplicaciones....

—Chico, interrumpió Emilio, me veo precisado á marcharme de tu casa.

—¿Quién lo ha mandado?

—Quien tiene mas poder que tú en la casa; tu... criado... Simon, ese viejo...

—¿Qué escucho? exclamó fijando la vista en el veterano; ¿tú despidas á mi amigo? ¿por qué razon?

—Yo me la sé, respondió secamente Simon.

—Mira, dijo Emilio á su amigo, las consecuencias de una familiaridad imprudente; yo he sido la primera victima de tu injusta y poco meditada condescendencia.

El marqués lanzó una mirada sobre el turbado semblante de su muger; mirada significativa, aterradora, y

cuya funesta elocuencia comprendió la afligida esposa.

—Está muy bien, dijo el marqués; creo adivinar el origen de esta contienda, y juro á los cielos que he de poner pronto y eficaz remedio.

En seguida cogió las manos de su amigo y en tono afable prosiguió:

—Ocupas mi casa, en la que mando como dueño absoluto; vive tranquilo en ella, pues juro que en adelante ninguno se atreverá á insultarte; pasa á tu habitación que ya tienes preparada, y donde hallarás tu equipage....

—No, no, amigo mio, dijo Emilio; esto ya es demasiado, yo no puedo permanecer en una casa donde....

—No me ofendas, interrumpió el marqués; pronto tendrás la debida satisfacción. Vamos, vete á tu aposento...

por aquí, á mano izquierda despues del corredor.... hasta luego, yo pasaré á verte.

Don Emilio se ausentó saludando á la marquesa; el veterano se mordía el bigote de rabia, y la marquesa temblaba, vaticinando el porvenir.

—Simon, dijo el marqués; espera en esa habitación inmediata hasta que te llame.

—Hombre, repara....

—¡Obedece!! gritó el marqués con imperio.

Simon bajó la cabeza y se fué murmurando:

—¡Vaya por Dios!... ¡Pobre jóven! se pierde, se pierde.

(Se concluirá.)

I. A. BERMEJO.

FILOPEMENO, POR RUBENS.

Entre los nuevos dibujos con que el museo Standish ha enriquecido la nueva colección del Louvre, se observa un admirable bosquejo de Rubens representando una *aventura de Filopemeno*. Se sabe que este ilustre general, invitado á comer en casa de uno de sus amigos, se adelantó algunos instantes á los otros convidados. Una de las esclavas que

preparaban la comida, engañada por la sencillez del trago de Filopemeno, le tomó por un simple trabajador y le suplicó partiese la leña y la secundase en sus trabajos domésticos. Este dibujo, del cual presenta un grabado el *Museo de las Familias*, es notable por la valentía y la verdad de los accesorios que aquel grande artista ha colocado en su obra.

